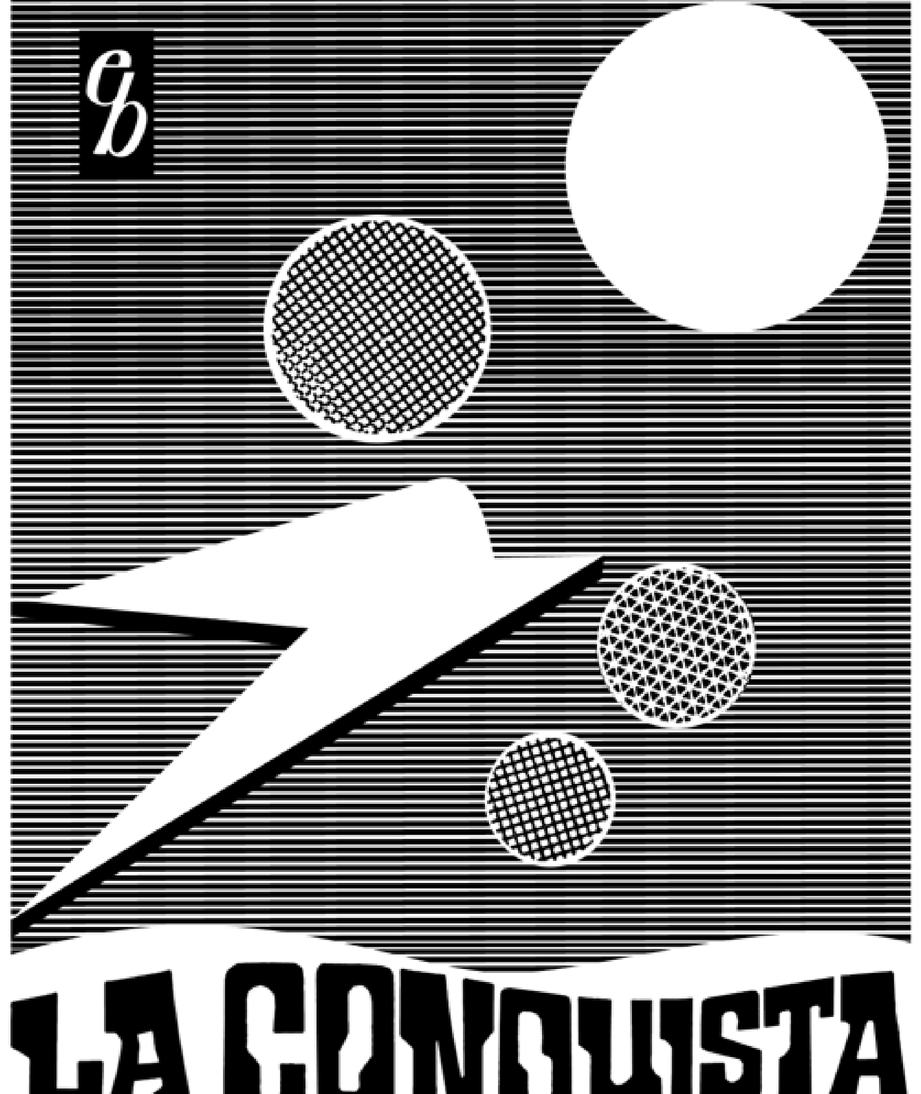


¡ DESTRUID LA CIUDAD 22 !

ray lester

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

305 - *¡OVNI!* - Curtis Garland.

306 - *Los hombres del mal* - Burton Hare.

307 - *¡Salvemos la Tierra!* – A. Thorkent.

308 - *Vagabundos del espacio* - Adam Surray.

309 - *La noche de tos tiempos* - Ralph Barby.

¡DESTRUID LA CIUDAD 22!

Ray Lester

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO N° 309

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 22.356 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1976

Editorial Bruguera, S. A, Barcelona (España)

Texto

cubierta

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

Clem Harmody estaba considerado por sus superiores como uno de los cerebros más privilegiados surgidos en las últimas generaciones. Tan sólo contaba treinta y dos años y ya ocupaba el puesto de jefe de la Zona 4, una de las más densas en población de la Tierra.

Su rostro era de facciones duras, los ojos azules y el cabello intensamente rubio. Sus anchos hombros y estrecha cintura le conferían aspecto de atleta que se preocupa de cuidar su estado físico. Habitualmente su carácter resultaba afable y dado a la broma. Pero se irritaba con suma facilidad cuando algo no marchaba a su gusto en la Zona.

Y entonces se volvía extremadamente duro, inflexible, hasta consigo mismo. Sus subordinados temían las explosiones de ira de Harmody, cuando éstas se producían. Poseía una bien ganada fama de hombre duro entre su gente.

Ahora, después de escuchar las explicaciones de su jefe del Centro de Medicina Espacial de la Zona 4, el doctor Paul Rostoff, sus pupilas destellaron recriminativas.

—Has debido informarme con anterioridad, Paul.

—Deseaba poder facilitarte el máximo de datos posibles, Clem.

—Ya lo comprendo.

Clem Harmody tomó asiento frente al televídeo de su despacho oficial y pulsó varias teclas en el panel. Aguardó unos segundos hasta que la pequeña pantalla se iluminó en colores y en el recuadro apareció el rostro de una muchacha que frisaría los veinticinco años, de rasgos inteligentes. A través de los micrófonos instalados a ambos lados del televídeo su voz sonó impersonal:

—Identificación, por favor.

—Código 249, Clem Harmody.

—Formule su mensaje, Harmody.

—Necesito comunicación urgente con el profesor Luther Kressler, Código 23.

—Comunicación negativa, Harmody. El profesor Luther Kressler disfruta sus vacaciones reglamentarias en una pequeña isla del Mediterráneo. No es posible molestarle.

—Se trata de una emergencia.

—Lo siento, Harmody. Petición denegada.

—Hay que localizarlo de inmediato, maldita sea —rugió Harmody empezando a perder la paciencia—. Existe necesidad urgente de contacto, ¿lo entiende, operadora?

—No del todo, Harmody. Una mayor claridad en los motivos de su petición puede sernos de gran ayuda.

Clem Harmody apretó furioso los maxilares.

—Deseo hablar con el jefe de servicio, operadora.

—Muy bien, Harmody. Le paso con él.

Segundos después aparecía en la pequeña pantalla el rostro de un japonés al que Clem había visto en varias ocasiones durante sus visitas al Cuartel General.

—Thisu Takeo —dijo escueto—. Exprese su deseo, Harmody.

Clem respiró hondo contemplando los rasgos orientales de su interlocutor y a continuación dijo en tono frío:

—Sólo le diré una cosa, Takeo. Existen grandes probabilidades de tener que dar la Alarma Ámbar.

Takeo arrugó el ceño.

—Eso sólo puede hacerlo el profesor Kressler.

—Exacto.

Después de breves instantes cabeceó en sentido afirmativo el japonés.

—Trataremos de localizar al profesor Kressler en un plazo de dos

a cuatro minutos.

—Correcto. Espero contacto por línea secreta.

Se cortó la comunicación y Clem Harmody se incorporó de la silla que ocupaba comenzando a pasear nervioso por la estancia, cuyas paredes se hallaban cubiertas por grandes paneles electrónicos.

—Hemos perdido unas horas que pueden resultar preciosas, Paul —reprochó nuevamente al doctor Rostoff—. Insisto en que debiste informar con anterioridad.

Una tercera persona que se encontraba presente en la estancia con Harmody y Rostoff, intervino diciendo:

—El doctor te ha dado una explicación razonable, Clem. Nada se adelanta con recriminaciones.

Harmody se giró bruscamente hacia Rhonda Miller. Se trataba de una mujer esbelta, de rostro agraciado y unos veintiocho años. Tenía el título de doctora y figuraba como ayudante de Paul Rostoff. Su Código en la Organización Mundial del Espacio era el 384 y todos la consideraban una excelente amiga del jefe de la Zona 4.

La mirada de Harmody relampagueó al clavarse en ella.

—Siempre encuentras las palabras precisas, ¿eh, Rhonda?

—Por favor, Clem —pidió ella en tono sereno—. Deja a un lado los sarcasmos y atiende a las razones de mi jefe. Nos encontramos tan preocupados como puedas estarlo tú.

Paul Rostoff levantó las manos haciendo un gesto.

—Te estoy agradecido, pero no necesito ayuda para justificar mi proceder, Rhonda. Creí mi obligación investigar a fondo antes de comunicarme con Clem.

Harmody apretó los puños.

—Hay que dar la Alarma Ámbar de inmediato.

—Sólo puede hacerlo el profesor Kressler y lo sabes.

—Clem —intervino de nuevo la doctora Rhonda Miller—.

Convocar una reunión del Consejo nos llevaría más tiempo.

El joven imprecó algo ininteligible entre dientes. Luego miró alternativamente a Rhonda y a Rostoff.

—Si tardamos en dar la alarma, puede ser demasiado tarde. Por una vez podíamos...

Rostoff negó moviendo la cabeza.

—No podemos hacerlo, Clem. Las reglas fueron establecidas en el Congreso Mundial del año 2023. Ni siquiera tú, como jefe de la Zona 4, estás autorizado para poner en marcha el mecanismo de la Alarma Ámbar. Te consta.

Clem Harmody apretó con fuerza los puños y sus pupilas fulguraron unos instantes.

—Soy el máximo responsable de lo que pueda ocurrir en la Zona 4, Paul.

—No hace falta que me lo recuerdes.

—Tendríamos que disponer de un permiso especial para actuar en casos de suma urgencia, sin tener que aguardar las órdenes de Kressler. Sí, ya sé que él es el jefe de la Organización Mundial del Espacio, pero opino que después de tantas discusiones todavía no disponemos de un sistema todo lo perfecto que debiera ser.

—Nunca habrá sistemas perfectos, Clem —sacudió la cabeza el científico soviético—. Han transcurrido varios años desde que nuestros astronautas pisaron la superficie de Marte. Luego, hemos ido a Venus. Podemos viajar por el Cosmos a velocidades increíbles hace tan sólo dos décadas. Gracias a las turbinas termonucleares de energía iónica, infinitamente superiores a las atómicas o de hidrógeno, se pueden recorrer diez mil años luz en el período de un mes terrestre. Y sin embargo aún existen puntos divergentes entre los seres de la Tierra. Es algo que jamás conseguiré entender.

Rhonda Miller esbozó una leve sonrisa.

—El interior del ser humano no cambiará nunca. Según las

teorías del profesor Kressler, sólo una férrea disciplina orgánica en el individuo es capaz de lograr la unión de pensamientos necesaria.

Clem Harmody levantó los hombros un tanto fastidiado.

—Deja las teorías ahora, Rhonda.

La muchacha le dirigió una mirada reprobativa.

—Estás insoportable, Clem.

—¿Y cómo quieres que esté? —masculló el joven fijando los azules ojos en la pantalla del televídeo—. Tardan demasiado en ponernos con el profesor.

Rostoff consultó su reloj.

—Sólo han transcurrido noventa y seis segundos, Clem.

—A mí me han parecido noventa y seis siglos.

—Me hago cargo.

—¿Dónde diablos está el poder de la cibernética moderna?

Rhonda Miller volvió a intervenir hablando pausadamente:

—Conserva la calma, que te será muy necesaria, Clem. Tu coeficiente de inteligencia es muy elevado y todos permanecerán atentos a tus reacciones.

Harmody le enseñó los dientes en agria sonrisa.

—¿Es un reproche?

—No, Clem. Se trata del consejo de una buena amiga.

Harmody dio una cabezada de asentimiento como pidiendo disculpas. En un tono más suave, pidió contrito:

—Perdona, Rhonda.

Luego caminó hasta una de las paredes, en la que un mapa electrónico señalizaba la Zona 4. Decenas de luces titilaban en el tablero correspondiendo cada una de ellas a ciudades importantes. Luces verdes que significaban normalidad absoluta. Si ellos supieran...

En caso de peligro en alguno de aquellos grandes núcleos urbanos, la luz del panel se tornaba automáticamente en roja.

El cuadro abarcaba una extensión considerable del hemisferio Norte. Un amplio trozo de la Tierra que encerraba entre sus límites lugares conocidos antiguamente como Canadá, Alaska, Groenlandia, Estados Unidos, México, América Central, las Antillas... y parte de América del Sur. Justo hasta el Ecuador.

Harmody señaló la amplia zona con un ademán.

—En este trozo del planeta viven millones de personas que se hallan bajo mi protección —dijo tratando de dominar la excitación que lo embargaba—. Ante todo debéis tener en cuenta que soy un hombre de acción. Me gustaría comenzar cuanto antes la defensa.

El doctor ruso suspiró profundamente y encarándose al jefe de la Zona empezó a decir gravemente:

—Escucha, Clem, hemos tenido una suerte enorme en descubrir el peligro de una forma tan fortuita. De no haber sido por el accidente sufrido por el astronauta Harold Kane y su familia, todavía lo desconoceríamos. Como jefe del Centro de Medicina Espacial puedo asegurarte que estamos llevando a cabo una labor exhaustiva por conocer el máximo de datos posible. Mi impresión personal, y que conste que no estoy en situación de garantizar nada, es que el peligro no es tan inminente como pueda parecer en principio.

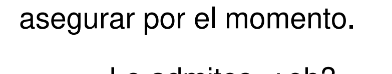
Clem Harmody lo miró incrédulo.

—¿Dices que no existe peligro inminente, Paul?

—Digo que no importarán unos minutos más o menos, Clem, Ni quizá unas horas.

—¿Cómo infiernos puedes decir una cosa así? —estalló violento Clem—. Sabes que con Kane viajaban otros tres astronautas del Proyecto Júpiter. Uno de ellos se encuentra también en nuestra zona, pero los otros dos han regresado a las Zonas 6 y 9. En esos lugares el proceso ha podido evolucionar con mayor celeridad que aquí.

—Es posible —concedió Rostoff, preocupado— Nada podemos


asegurar por el momento.

—Lo admites, ¿eh?

—En el campo de la hipótesis todo es posible, Clem.

—¡Estamos hablando de hechos concretos, Paul!

El ruso guardó silencio tirante el semblante.

Rhonda Miller se dirigió a Harmody.

—Tenemos aislada a... ESA COSA, Clem.

El joven se disponía a contestarle cuando una luz violeta parpadeó sobre el televídeo. Se apresuró a ocupar el puesto frente a la pequeña pantalla y pulsó el resorte de recepción.

Ante él apareció el rostro sereno del profesor Luther Kressler. Era un hombre de unos sesenta y cinco años, de cabellos completamente blancos y ojos penetrantes.

Siguiendo el formulismo, inquirió Harmody:

—¿Identificación?

—Código 28, profesor Luther Kressler. ¿Qué ocurre, Harmody?

—¿Línea secreta, profesor?

—Positivo, Harmody, repito mi pregunta. ¿Qué sucede en la Zona 4? Takeo acaba de hablarme de la posibilidad de aplicar la Alarma Ámbar. ¿Imagina el alcance de dicha medida, Harmody?

—Perfectamente, profesor.

—¿Qué motivos tiene que la justifique?

Clem Harmody se tomó unos instantes de respiro antes de anunciar enfáticamente:

—Seres extraterrestres han comenzado la invasión de la Zona 4, profesor.

En el semblante de Luther Kressler hubo una leve crispación.

—Repita mensaje, Harmody.

—Extraños seres, con vida diferente a la nuestra, han sido detectados en la ciudad 22 de la Zona 4, profesor.

Después de unos segundos de profundo silencio, ordenó Kressler:

—Permanezcan en sus puestos hasta mi llegada, Harmody. No tome iniciativas a menos que las considere imprescindibles. Estaré con ustedes en el plazo de... una hora y media aproximadamente. ¿Ha captado con plena nitidez mis órdenes?

Clem Harmody dio una cabezada de asentimiento.

—Positivo, profesor Kressler.

CAPÍTULO II

Un extraño vehículo, parecido a los viejos automóviles de líneas aerodinámicas, se posó verticalmente en la terraza del edificio donde se ubicaba el Cuartel General de la Zona 4. Estaba construido de un material plástico de altas resistencias térmicas y podía alcanzar una velocidad de hasta tres mil quinientas millas hora, volando a una altitud de cuatro mil metros.

Sólo era utilizado por altos jefes de la Organización Mundial del Espacio y cuando volaban se establecía en torno a ellos un campo magnético que los protegía de posibles colisiones con otros objetos voladores, actuando a modo de colchón.

Tan pronto se hubo detenido en la terraza salió de él Kressler.

Harmody, Rostoff y Rhonda Miller lo estaban aguardando.

Minutos después se instalaban los cuatro en el despacho oficial de Harmody y el profesor Luther Kressler fue directamente al asunto:

—Quiero una detallada información de todo lo ocurrido.

Harmody carraspeó ligeramente y comenzó a decir:

—Hace diez días regresaron a la Tierra cuatro astronautas del Proyecto Júpiter después del tercer vuelo de exploración sin llegar a posarse en la superficie del planeta. Tan pronto acabaron la misión les fue concedido un permiso de quince días a los cuatro componentes de la tripulación de la nave. Harold Kane, segundo de a bordo, decidió pasar las breves vacaciones en el lago situado junto a la ciudad 22 en compañía de su esposa y dos hijos de quince y trece años. Alquilaron una de las cabañas flotantes construidas en la orilla del lago Ayer, cuando viajaban en un helimóvil de fabricación estándar en busca de provisiones a la ciudad 22, sufrieron un accidente mortal. Como ordena la ley les fue practicada la necropsia a los cuatro en el Centro de Medicina Espacial. La llevó a cabo el doctor Charles Lafevre que estaba de guardia en aquellos momentos.

Harmody guardó silencio y miró a Rostoff, añadiendo:

—A partir de aquí debes continuar tú, Paul.

El doctor Rostoff movió la cabeza afirmativamente y se dirigió al profesor Kressler:

—Fui avisado por Lafevre de algo inaudito que ocurría, señor. Insistió en que me personara en el centro y así lo hice yendo directamente a la sala donde se practicaba la autopsia a los cuatro cadáveres. Entonces el doctor Lafevre me indicó algo extraño y al mismo tiempo común en las cuatro víctimas del accidente Todos ellos tenían un círculo color violeta intenso situado entre los omoplatos. De un diámetro aproximado de tres pulgadas y límites perfectamente definidos. Aquello me llamó poderosamente la atención y ordené seccionar en torno a los círculos y extraer de los cuerpos aquellos misteriosos... miembros.

Rostoff hizo una breve pausa y Kressler inquirió:

—¿Lo lograron?

—Sin ninguna dificultad, señor. Minutos después teníamos sobre una mesa cuatro objetos en forma de cono y todos ellos del color mencionado. El tamaño era de unas tres pulgadas de diámetro en la base y unas tres y media de altura. Las partes agudas de los conos

habían estado incrustadas en los cuerpos de los cuatro cadáveres y sólo las bases quedaban a ras de piel entre los omóplatos El tacto de... AQUELLO era similar a un caucho blando.

—¿Los analizó?

—Ésa fue mi primera impresión, profesor —dijo Rostoff—. Pero antes requerí la presencia de la doctora Rhonda Miller, ayudante personal mío y especialista en Bioquímica. Estimé que su colaboración iba a ser necesaria.

El profesor Luther Kressler se giró levemente mirando a la mujer.

—¿Descubrió algo de particular en los objetos, doctora Miller?

Rhonda afirmó lentamente.

—Tenían vida propia, profesor.

—¿Vida propia?

—Exacto. A pesar de las raras dimensiones de aquellos objetos pudimos detectar vida orgánica en ellos.

—¿Qué clase de vida?

—Eso lo ignoramos todavía, profesor.

Kressler se removió inquieto en el asiento.

—¿Cómo actuaron después, doctor Rostoff?

—Procedimos a aislar a tres de aquellos extraños objetos y efectuar profundos estudios con el cuarto. Analizamos las células morfológicas de que estaba compuesto. La mayoría de dichas células eran desconocidas para nosotros y se hallaban mezcladas con otras de tipo humanoide. A continuación llevamos a cabo una investigación interior del cono. Para ello tuvimos que partirlo en dos mitades de arriba a abajo. La capa violeta sólo llegaba hasta unos cinco milímetros de profundidad. Luego el color se tornaba escarlata y en el centro del cono encontramos una esfera que casi se volatilizó en nuestras manos enguantadas. Era... como una bola de mercurio de unos quince milímetros de diámetro que se convirtió en infinidad de diminutas esferas al ser tocada.

Con el ceño fruncido, pidió Kressler:

—Siga, doctor Rostoff.

—Todas las pequeñas bolitas fueron cuidadosamente recogidas y sucedió lo mismo que ocurre con el mercurio, señor. Se iban fundiendo entre sí hasta que de nuevo tuvimos sobre la mesa la esfera completa. Luego... de una forma misteriosa, sin que nada hiciéramos nosotros, fue desapareciendo ante nuestros ojos de forma paulatina hasta que sólo quedó sobre la mesa una huella plateada. La esfera desapareció por completo, profesor. Y lo mismo sucedió con el cono que la contenía en su interior.

Hizo una breve pausa el soviético y acto seguido añadió:

—Decidimos poner el asunto en conocimiento de Harmody.

—¿Eso es todo?

—A mí me parece suficiente, profesor Kressler —intervino Harmody—. Todo parece indicar una especie de... invasión de la Tierra. Los otros conos siguen aislados en el laboratorio del centro. Podemos ir a echarles un vistazo, si lo desea.

Luther Kressler afirmó lentamente.

—Iremos más tarde, Harmody. De momento, no veo motivos que justifiquen aplicar la Alarma Ámbar.

—Pero, profesor...

—Deseo que responda antes a una pregunta, Harmody —lo cortó Kressler sin prestarle mucha atención—. Luego nos trasladaremos al centro y decidiré sobre el terreno.

Clem Harmody apretó los maxilares.

—Como desee, profesor.

Luther Kressler unió las yemas de los dedos en actitud pensativa y formuló la primera pregunta:

—La nave del Proyecto Júpiter... ¿voló directamente a la Tierra? Quiero decir, si cumplió la misión según las coordenadas establecidas,

Harmody.

—Lo estuve averiguando mientras aguardábamos su llegada, profesor. Hicieron una breve escala técnica en la Luna.

—¿No tuvieron que tocar en Marte?

—No. Lo sobrevolaron tanto a la ida como a la vuelta. Por cuestiones de seguridad se les prohibió hacerlo. No se vieron necesitados de solicitar permiso para detenerse en Marte.

—Bien. ¿Dónde se encuentran los tres restantes astronautas del vuelo a Júpiter?

—El comandante, James Bird, se halla en la ciudad 12 de mi zona. Alberto Rullan regresó a la Zona 6 y Claude Look se halla en su lugar de procedencia. Zona 9.

—Perfectamente. Quiero que sean localizados y traídos urgentemente a la Zona 4. Ordene que se extremen las precauciones con ellos, Harmody. Pero entienda que sólo trato de evitar futuras complicaciones. No estoy tan seguro como usted de que estemos sufriendo la invasión de seres extraterrestres. Esos... conos misteriosos, según el doctor Rostoff, pueden ser unos simples hongos sin peligrosidad alguna.

Harmody carraspeó sacudiendo la cabeza.

—Con el debido respeto, no estoy de acuerdo con usted, profesor.

—¿No?

—Entiendo que si no actuamos con rapidez podemos vernos envueltos en graves problemas.

Luther Kressler clavó en el joven sus penetrantes ojos.

—Exponga su teoría, Harmody.

—Desde que fue descubierta la energía iónica y se inició formalmente la conquista del espacio olvidando los antiguos escarceos de nuestros antepasados, hemos tenido conciencia de que en cualquier momento podíamos tropezar con una forma de vida

distinta a la nuestra. Una forma de vida vegetal, mineral, invisible, otro tipo de inteligencia. ¿Por qué no ha podido suceder eso, profesor?

Kressler siguió mirándole fijamente.

—Usted es un hombre inteligente, Harmody.

Harmody se frotó el mentón con la diestra.

—Aún no he concluido, profesor Kressler.

—Está bien. Adelante, Harmody.

—Hay un detalle significativo en lo que sabemos que alerta mis sentidos y confirma mis sospechas.

—Explíquelo.

—En el supuesto de que esos conos violeta sean seres inteligentes y procedan de Júpiter, o cualquier otro planeta de la Galaxia, lo innegable es que poseen el poder suficiente para ir apoderándose de las personas que rodean al portador. Kane pudo ser portador de uno de esos extraños conos cuando regresó a la Tierra pero nunca sus familiares. Y, sin embargo, cada miembro de su familia tenía uno incrustado entre los omóplatos

—Eso es cierto —concedió meditativo Luther Kressler—. Pueden saltar de una persona a otra como al parecer ha quedado demostrado.

—¿Imagina lo que eso puede representar para el planeta, profesor Kressler? —atosigó Clem Harmody—. Llegarían a apoderarse de todos nosotros y destruirnos fácilmente.

—No está probado que posean intenciones destructivas, Harmody. ¿Dio el astronauta Kane alguna muestra de agresividad después de su regreso? ¿Lo ha podido averiguar?

Clem dejó escapar un resoplido.

—No, señor.

—Entonces no se puede descartar la posibilidad de que sólo traten de establecer contacto con nosotros. En el supuesto de que realmente sean seres inteligentes de otro planeta, claro.

—Lo son, profesor —insistió tercamente el jefe de la zona 4—. Y si todavía se mantienen a la expectativa sin pasar abiertamente al ataque, es porque se encuentran en minoría. Es imposible conocer el poder destructivo que tienen y cuando lo averigüemos puede ser demasiado tarde, profesor Kressler.

—Mi opinión coincide con la de Harmody respecto a que son seres procedentes de otro planeta, profesor Kressler —intervino Paul Rostoff en apoyo de su jefe—. Por lo menos, es seguro que tienen vida.

Luther Kressler forzó una tenue sonrisa.

—Les ruego que no sean pesimistas, señores —pidió hablando despacio—. Se debe conservar la calma ante todo.

—Hay un detalle que he olvidado mencionar, profesor.

—¿Cuál, doctor Rostoff?

—Los cuatro cadáveres de la familia Kane mostraban una acusada irritación ocular. Tenían los ojos muy enrojecidos.

—¿Y eso qué puede demostrar en su opinión, doctor?

Rostoff levantó los hombros con desaliento.

—Lo ignoro, señor. Puede ser un síntoma para descubrir en el futuro a las personas portadoras de conos.

—En el supuesto de que dicha irritación se les produzca antes de encontrar la muerte, ¿no?

—Desde luego, señor.

Rhonda Miller, silenciosa asistente a la reunión hasta aquel momento, rompió su mutismo diciendo a Kressler:

—Me gustaría ir al laboratorio y mostrarle algo inaudito profesor. Es posible que después de su reconocimiento podamos establecer un punto concreto de la discusión. El referente a que esos misteriosos conos de color violeta poseen vida propia.

Luther Kressler había tenido a la doctora Miller como ayudante

personal durante algunos años y sentía por ella una simpatía especial. Ahora le dedicó una amable sonrisa.

—¿De qué se trata, Rhonda?

—Perdone, profesor... Me gustaría mostrárselo antes de exponer nada más al respecto.

—De acuerdo —accedió Kressler—. Vayamos al laboratorio.

Desde el Cuartel General de la Zona 4 al Centro de Medicina Espacial, apenas si había diez minutos viajando en el ultrarrápido vehículo de Luther Kressler.

Sólo transcurrieron catorce minutos desde el momento que abandonaron el despacho oficial de Harmody, hasta penetrar en el extraordinariamente equipado laboratorio del centro. Un joven doctor vistiendo bata blanca les salió al encuentro.

—Les presento al doctor Lafevre —dijo Rostoff dirigiéndose en particular al profesor Kressler—. ¿Alguna novedad en los tres conos que tenemos aislados, Charles?

El joven Lafevre, de pálido semblante, movió la cabeza en sentido negativo.

—Ninguna, doctor Rostoff.

—Bien —el soviético se giró al profesor—. ¿Vamos a la sala espacial donde los mantenemos aislados, señor?

—A eso hemos venido, doctor.

Iniciaron la marcha por un pasillo de blancas paredes. Abría la marcha de la comitiva el propio doctor Rostoff mostrando la dirección a seguir. Detrás de él iban Kressler, Rhonda Miller y Clem Harmody. También el pálido doctor Lafevre los seguía a unos pasos de distancia.

Las cinco personas penetraron en una amplia sala en la que pudieron observar como único mobiliario dos largas mesas de pulida y brillante superficie, y una computadora de reducidas dimensiones situada en uno de los ángulos de la estancia.

Sobre una de las mesas se hallaban tres campanas de cristal plastificado duro, cerradas herméticamente por sus bases. Gracias a la transparencia del material podía verse lo que contenían.

Tanto Kressler como Harmody se aproximaron a la mesa y contemplaron extrañados los tres objetos color violeta que parecían piezas de caucho en la vitrina de una exposición antigua. En su inmovilidad no daban impresión alguna de peligrosidad.

Kressler miró escéptico al soviético.

—¿Estos son sus misteriosos conos, doctor?

—En efecto.

—¿Y asegura que poseen vida propia, Rhonda?

—Así es, profesor.

—Está bien —suspiró el alemán—. Estoy esperando que nos muestre lo inaudito, Rhonda.

La doctora se dirigió a su jefe:

—¿Quieres abrir una de las campanas, Paul? Lo necesito para mi demostración.

—Desde luego, Rhonda.

Rostoff extrajo un diminuto llavín del bolsillo y lo aproximó a una de las cerraduras magnéticas. Ya se disponía a abrir cuando de pronto se detuvo y se giró a Lafevre.

—¿Estás seguro de que nadie ha entrado en esta sala, Charles?

—Completamente, doctor Rostoff.

—Es extraño... —murmuró el ruso como hablando consigo mismo —. Podría jurar que...

Clem Harmody se adelantó un paso.

—¿Qué ocurre, Paul?

—Supongo que nada raro, Clem.

—Pareces demostrar extrañeza por algo. ¿Qué es?

—Tengo la impresión de que esta campana ha sido abierta en mi ausencia. Es... como un raro presentimiento.

Harmody se giró al doctor Lafevre.

—Usted asegura que nadie entró aquí, ¿verdad, doctor Lafevre?

—Así lo he dicho antes, señor.

—¿Se ratifica en ello, doctor Lafevre?

—Desde luego. Yo...

—¿Le importa desnudarse de cintura para arriba, doctor Lafevre?

El joven palideció intensamente.

—¿Cómo dice, señor?

Clem Harmody extrajo la pistola eléctrica que colgaba en su cinturón con un rápido movimiento. La levantó apuntando al ayudante de Rostoff y dijo:

—Me ha entendido perfectamente, Lafevre.

El profesor Kressler compuso una expresión de extrañeza.

—¿Qué es esto, Harmody?

—Le ruego me deje hacer la comprobación, profesor —pidió el joven sin perder de vista a Charles Lafevre—. He tenido de repente un vago presentimiento.

Kressler dejó pasar unos segundos y luego autorizó:

—Muy bien, Harmody, siga.

El jefe de la Zona 4 movió el cañón de la pistola que sostenía empuñada haciendo una indicación seca a Lafevre

—¿A qué espera, doctor? Empiece a desnudarse.

Lentamente, obedeció el joven doctor Lafevre. Cuando quedó desnudo de cintura para arriba, ordenó seco Harmody:

—Ahora muestre la espalda, Lafevre.

CAPÍTULO III

Clem Harmody miró unos segundos el extraño círculo violeta y ordenó en tono gélido:

—Puede volverse, Lafevre. Hágalo sin prisas.

Charles Lafevre obedeció dócilmente y Harmody fue el primero en darse cuenta de que sus ojos estaban enrojecidos hasta límites insospechados. Incluso las pupilas se habían tornado rojas. No obstante, el semblante aparecía blancuzco, cadavérico.

—No haga ningún movimiento sospechoso, Lafevre —siguió hablando Harmody—. Es una orden.

Pero lejos de obedecer, Charles Lafevre dio un salto extraordinario al tiempo que de su garganta se escapaba un aullido infrahumano. El techo de la sala se hallaba situado a unos cuatro metros y medio de altura y, sin embargo, Lafevre tuvo que apoyar las manos planas en él para no estrellarse.

Un salto increíble.

Pasó limpiamente por encima de los cuatro atónitos miembros de la Organización Mundial del Espacio y fue a caer exactamente en la puerta de salida.

Harmody se dispuso a apretar el disparador de su pistola eléctrica.

Pero en aquel instante se enmarcó en el hueco la figura de un hombre vestido de blanco que andaba buscando a su jefe, a Paul Rostoff. Durante unos instantes interceptó la huida a Lafevre de forma involuntaria. Y para él resultó fatal la coincidencia.

Charles Lafevre alargó las manos y lo atenazó por las muñecas empezando a forcejear para apartarlo de la puerta.

El hombre chilló despavorido y en su rostro se plasmó un rictus de dolor físico inaudito, de sufrimiento insoportable, mientras su

cuerpo se retorcía desplomándose de rodillas.

Lafevre lo soltó entonces y emprendió una alocada carrera abandonando la sala.

Clem Harmody no perdió el tiempo y saltando por encima del cuerpo atravesado del infortunado salió también al corredor dispuesto a impedirle la fuga. Descubrió a Lafevre corriendo a unos cuatro metros por delante de él.

En tono autoritario, gritó:

—¡Quieto, Lafevre!

Pero el otro no obedeció.

Harmody no lo dudó ni un instante y levantando el arma pulsó el disparador.

Un rayo lumínico brotó del cañón de la pistola alcanzando a Charles Lafevre en la espalda.

Fue como si de pronto hubiese chocado contra un muro invisible. Se detuvo bruscamente levantando las manos e intentó aferrarse a un punto tangible. Sólo consiguió arañar el aire con las engarfadas uñas y finalmente cayó de bruces emitiendo un nuevo aullido apocalíptico.

Harmody desorbitó los ojos de espanto por lo que presenció acto seguido.

En el suelo, ante su propia mirada, Charles Lafevre empezó a desintegrarse. Un olor nauseabundo invadió el corredor en tanto el cuerpo del joven doctor se iba volatilizando con un chisporroteo alucinador.

Kressler, Rostoff y Rhonda Miller contemplaban igualmente lo que estaba sucediendo atenazados por el espanto.

Lo último que quedó en el suelo, donde segundos antes estuvo el cuerpo tendido de Charles Lafevre, fue un cono de idénticas características a los que se encontraban dentro de las campanas. A continuación también desapareció y en las baldosas sólo quedó una tenue huella plateada.

Harmody tenía el rostro macilento y sus labios se entreabrieron.

—¡Díos mío...!

El profesor Luther Kressler vino a su lado.

—No debió disparar a matar, Harmody.

Clem miró incrédulo la pistola eléctrica que aún sostenía en la diestra y luego la mostró a su superior.

—Siempre la mantengo en la posición de «herir», profesor. Como mandan las ordenanzas.

Kressler comprobó que Harmody le estaba diciendo la verdad. A todos los miembros de la organización les estaba rigurosamente prohibido situar el dispositivo de sus armas en la posición de «matar». Salvo en casos muy excepcionales debían cumplir la orden.

El profesor sacudió la cabeza dubitativo.

—Lo que está ocurriendo se escapa a todos los conocimientos científicos que poseemos.

Clem Harmody se le quedó mirando.

—¿Piensa dar ahora la Alarma Ámbar, profesor?

Abstraído en sus propios pensamientos, pidió Kressler:

—Déjeme pensar, Harmody.

—De acuerdo, señor. Pero, por favor... hágalo pronto.

En eso los llamó a gritos Rhonda Miller:

—¡Vengan aquí!

El doctor Paul Rostoff se hallaba inclinado sobre el infortunado hombre que durante breves instantes interceptó la huida de Lafevre. La muchacha estaba mirando por encima de su hombro y ambos tenían intensamente blanco el rostro.

Kressler y Harmody acudieron presurosos.

Y una nueva exclamación de asombro brotó en sus gargantas cuando Rhonda se apartó tambaleante y pudieron ver la escena.

El hombre de la bata blanca se encontraba privado del conocimiento con la espalda apoyada en el quicio de la puerta. Rostoff le tenía cogidas las manos contemplando atónito sus muñecas.

Estaban completamente deshechas, como trituradas por los dientes de un poderoso engranaje.

En el punto exacto donde Lafevre lo atenazó unas décimas de segundo para quitarlo de su camino.

* * *

—Al pobre Kelly han tenido que amputarle ambos antebrazos —informó Paul Rostoff—. Dentro de unos días procederemos a ponerle los ortopédicos. Iba a informarme que los cuerpos de la familia Kane habían desaparecido misteriosamente.

—Probablemente desintegrados igual que Charles —opinó Rhonda—. Pero lo raro es que los Kane han tardado unas treinta horas. En cambio Charles...

—Ha podido influir el rayo lumínico de mi pistola, Rhonda —objetó Harmody—. Lo desconocemos todo respecto a estos... seres.

Se encontraban en el despacho del doctor Rostoff en compañía del profesor Kressler que hasta aquel momento se había reservado su impresión personal de todo aquello.

Sobre la gran mesa de aluminio ligero de Rostoff estaban depositadas dos de las tres campanas de cristal plastificado que encerraban los extraños conos violeta. El tercero, cuya campana tuvo la sensación Paul de que fue abierta, lo destruyeron antes de venir al despacho principal del centro.

Lo primero que hizo Harmody al llegar fue establecer distintas conexiones y ordenar en nombre del profesor Kressler que los astronautas James Bird, Alberto Rullan y Claude Look fuesen llevados inmediatamente al Cuartel General de la Zona 4. Repitió que se extremaran las precauciones con ellos, pero no pudo ser muy explícito en ese punto por prohibición del profesor.

Luego estableció contacto con su propio despacho y solicitó la presencia de Frank Logan.

Cuando tuvo al subjefe de la Zona 4 al otro lado del televídeo, le ordenó:

—Deseo que envíes a una veintena de hombres al Centro de Medicina Espacial, Frank. Deben venir equipados con fusiles paralizadores y pistolas de rayos lumínicos. No tardes en hacerlo.

En la pantalla pudo ver el fruncimiento del entrecejo de Logan.

—¿Qué ocurre, Clem?

—Te pondré al corriente más tarde, Frank. Ocúpate ahora de enviar a esos veinte hombres.

—Correcto. ¿Puedo ir con ellos?

—No. Permanece ahí.

—Como quieras.

Harmody cortó la comunicación y se giró a sus compañeros.

En aquel momento se encontraban los tres junto a una de las campanas. El profesor Kressler decía a Rhonda:

—Quedamos en que iba a demostrar que esos conos poseen vida propia, Rhonda.

La doctora dudó un instante.

—Para ello es preciso abrir una de las campanas, profesor.

Kressler hizo una indicación a Rostoff:

—Adelante, doctor.

El soviético se resistió a obedecer en principio.

—¿Cree prudente hacerlo, señor? Puede ser extremadamente peligroso.

—A estas alturas no podemos detenemos en riesgos, doctor —replicó dueño de la situación el alemán—. Hemos de conocer el mayor número de detalles posible.

Rostoff no objetó nada más y abrió una de las campanas.

Harmody los observaba atentamente.

Rhonda Miller extrajo un estetoscopio ultrasensible del bolsillo de su bata y se lo entregó al profesor Kressler.

—¿Quiere auscultar al cono, profesor?

Luther Kressler la miró extrañado.

—¿Qué pretende, Rhonda?

—Que pueda escuchar lo mismo que yo escuché, profesor.

—¿Auscultando a ese... objeto?

—Exacto. Sólo tiene que hacerlo en la base, señor.

El profesor Kressler obedeció las indicaciones de Rhonda y segundos después aplicó el estetoscopio a la base del cono color violeta. Procuró que su piel no estuviese en contacto con él.

Harmody pudo observar que la cara de Kressler se contraía en mueca entre interesada y sorprendida.

El jefe de la Zona 4 también se hubiese sorprendido una barbaridad de poder escuchar lo que estaba sintiendo Kressler procedente del interior de aquel misterioso objeto.

Algo similar... ¡AL LATIDO DE UN CORAZÓN HUMANO!

CAPÍTULO IV

—Es un hecho incontrovertible que nos encontramos ante una invasión de la Tierra en toda regla, señores —reconoció al fin el profesor Kressler paseando la mirada por sus colaboradores—. Es algo que nunca se ha descartado desde el instante mismo en que se inició la conquista del espacio y nuestros hombres comenzaron a poner los pies en planetas extraños. A partir de este mismo momento se tomarán las medidas adecuadas para repeler, o por lo menos

controlar la situación.

Harmody intervino, inquiriendo:

—¿Piensa dar ahora la Alarma Ámbar, profesor?

—No, Harmody.

—Pero, profesor...

—¡He dicho que no lo haré, Harmody! — atajó con firmeza Kressler—. La Alarma Ámbar significa máximo peligro para nuestro planeta y todavía desconocemos si somos capaces de controlar a esos extraños seres. De ningún modo deseo sembrar el pánico colectivo sin estar totalmente convencido de que es necesario hacerlo. Ni siquiera podemos calibrar el poder de los invasores.

—Hemos tenido una prueba con Kelly, señor. La fuerza desplegada por el poseso Charles Lafevre fue inaudita.

—Y al mismo tiempo se ha descubierto que son vulnerables a los rayos lumínicos, Harmody —rebatió Kressler—. Eso al menos es un factor a nuestro favor.

Clem Harmody apretó los labios y guardó silencio manteniéndose en hosca actitud.

Paul Rostoff se quedó mirando el cono violeta que de nuevo había sido encerrado en la campana hermética.

—Nunca imaginé una especie de vida tan extraña en Júpiter —comentó preocupado—. Parece una pesadilla.

—No estamos seguros de la procedencia de esos seres, doctor Rostoff —dijo el alemán—. Lógicamente utilizaron el vehículo enviado a Júpiter para venir a la Tierra. Pero quizá no sean oriundos de dicho planeta. Incluso pueden pertenecer a otra galaxia.

El soviético asintió lentamente.

—De lo único que estamos seguros es de que poseen capacidad para reproducirse con una facilidad asombrosa.

—Exacto. Y hasta es posible que sean seres mutantes.

Clem Harmody emitió un gruñido.

—Un panorama de ensueño, profesor Kressler —comentó no sin cierto tono sarcástico en la voz—. Sólo nos hacía falta que además de reproducirse a un ritmo que desconocemos, pero que seguramente es bastante rápido, sean también mutantes.

Kressler le miró fijo a los ojos.

—No está de acuerdo con mi forma de proceder, ¿verdad, Harmody?

El joven hizo un vago ademán.

—Usted es el jefe, señor.

—En efecto, Harmody —recordó duro Kressler—. Y no debe olvidarlo. Yo asumo toda responsabilidad en el asunto.

Harmody se irguió, inexpresivo el rostro.

—Por supuesto, profesor Kressler. Sin embargo debo recordarle que soy el jefe de la Zona 4 y por lo tanto máximo responsable de la seguridad en ella.

—No lo he olvidado, Harmody —dijo Kressler abandonando en parte la dura entonación.

El joven pudo advertir la mirada de reproche que le dirigió Rhonda Miller. Kressler siguió diciendo:

—Es usted un hombre inteligente en extremo, Harmody. Le necesito a plena colaboración para llevar a cabo mis planes. Por encima de antagonismos personales se encuentra la seguridad del planeta.

Harmody dio una cabezada de asentimiento.

—Tiene mi total apoyo, profesor Kressler —aseguró forzando una leve sonrisa—. Y debo aclarar que lo considero muy superior mentalmente a todos nosotros y por lo tanto no hay en mi ánimo el menor indicio de antagonismo. Pido disculpas por no haber sabido expresarme en la forma debida. Quizá sea por mi inquietud de cara al futuro.

La mirada de Rhonda posada en el joven se suavizó.

Luther Kressler movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Gracias, Harmody —después de una pequeña pausa, siguió—: Tan pronto lleguen los veinte hombres enviados por su Cuartel General ponga en práctica el plan que hemos trazado. Además, deseo introducir una variante a lo ya expuesto.

—Diga, profesor.

—Quiero que todo el personal del Centro de Medicina Espacial vaya desnudo de cintura para arriba durante todo el tiempo que permanezcan en cuarentena.

Rhonda Miller se irguió enarcando las cejas.

Kressler advirtió la expresión de la muchacha y girándose a ella comentó risueño:

—¿A qué viene escandalizarse, Rhonda? Hace muchos años que las mujeres llevan estas diminutas prendas llamadas bikinis. Actualmente hay algunas que se bañan en las piscinas purificadas desnudas de cintura para arriba. Pueden llevarlos, también, durante sus actividades en el centro.

Rhonda tenía el rostro encendido.

—Todavía existen mujeres arraigadas a las costumbres antiguas, profesor —adujo grave—. Muchas de nosotras usamos los bikinis y seguiremos usándolos en este caso.

—La que lo desee puede hacerlo en el centro, Rhonda —volvió a sonreír Kressler—. Lo primordial que deben llevar al descubierto es la espalda.

—Comprendo.

—De todos modos, no debe preocuparse por ahora, Rhonda.

—¿No, profesor?

—Usted vendrá con nosotros al Cuartel General de la Zona 4. Necesitamos a una doctora capacitada como usted fuera del

aislamiento en que permanecerá el centro.

Harmody dibujó una burlona sonrisa mirando a la chica.

—Me gustaría que la misma medida de precaución se adoptara en el Cuartel General, profesor.

Rhonda Miller lo fulminó con los ojos.

Kressler no le prestaba atención porque estaba dando instrucciones al doctor Rostoff:

—Deben mantener una vigilancia constante en el interior del centro, doctor. Si alguno de los miembros a sus órdenes es poseído por esos seres, quiero que actúe con la mayor eficacia posible. En ningún momento deberá poner en peligro la seguridad de los restantes componentes de su equipo. Eliminen sin titubeos a las personas que descubran portando uno de los conos, ya sea hombre o mujer. Harmody y yo estaremos constantemente en contacto con usted. ¿Me ha comprendido?

—No del todo, señor.

—¿Qué duda tiene?

—Las leyes mundiales prohíben rotundamente la eliminación de otros seres, incluso extraterrestres. La palabra «matar»...

—Será desterrada con el tiempo de nuestro diccionario —aprobó Kressler—. Todas las armas se pondrán en el dispositivo de «herir», doctor. Si luego resulta que esos seres mueren... no habremos contravenido ninguna regla establecida.

Rostoff compuso una mueca.

—Comprendo, señor.

—Recuerde que no debe arriesgarse a encerrar y mantener con vida a quienes sean portadores. Y otra cosa; es necesario continuar la investigación dentro de lo posible. Cuantos más datos tengamos de los invasores, mayores probabilidades de éxito tendremos.

—Descuide, profesor Kressler.

Clem Harmody comenzó a sentirse satisfecho. Le gustaba el derrotero que iba tomando la situación. Por fin había comprendido Luther Kressler el inmenso peligro que corrían y se disponía a actuar tal como él lo hubiera hecho desde el principio.

Jamás en su vida fue partidario de la violencia. La detestaba por principio y desde luego era el primero en lamentar tener que emplearla. Pero por encima de todo estaba su responsabilidad por la vida de los millones de seres humanos que se hallaban bajo su protección. Confiando plenamente en la Organización Mundial del Espacio y sobre todo en sus hartamente capacitados miembros.

Rhonda, Kressler y Harmody se despidieron con sencillez del doctor Rostoff. Incluso cambió Clem una broma con su amigo, que por indicación del profesor no se movió del despacho.

Debía emprender enseguida la tarea.

Caminaban por el pasillo que llevaba al vestíbulo de salida, cuando dijo Harmody:

—Creo que hemos descartado una posibilidad, profesor.

Kressler se detuvo y después de comprobar que no había nadie cerca de ellos, inquirió:

—¿Cuál, Harmody?

—Esos extraños seres, esos conos color violeta, han podido apoderarse de nuestras bases en la Luna. Cabe la hipótesis de que los tengamos más cerca que lo que suponemos. La nave del Proyecto Júpiter tuvo que efectuar una escala técnica en el satélite.

—Es cierto —reconoció Kressler—. Tan pronto lleguemos a su despacho oficial daré las órdenes oportunas para que salga una expedición de reconocimiento.

—¿Y serán informados de lo que ocurre?

—Desde luego. Antes o después habrá que ponerlo en conocimiento del Congreso. Escogeremos a varios astronautas de absoluta confianza para la misión.

—De acuerdo, señor. Me ofrezco voluntario...

—Nada de eso, Harmody. A usted le necesitamos aquí.

Reanudaron la marcha y en el vestíbulo se encontraron con un grupo de hombres pertenecientes a la Fuerza de Choque. Uno de ellos se destacó al divisarlos y se cuadró ante Harmody.

—Capitán Curtis a sus órdenes, señor. Me acompañan veinte de mis mejores hombres.

—Acompáñenos al exterior, capitán —dijo Clem siguiendo a Kressler y Rhonda—. Debo hablarle confidencialmente.

—Sí, señor.

Cuando llegaron a las cercanías del lugar donde se encontraba el vehículo de Luther Kressler, se giró Harmody y puso la diestra sobre el hombro del capitán.

—Llevará a cabo la misión más importante de su vida, Curtis —empezó a decirle ante la sorpresa del oficial—. Deseo que sus hombres rodeen el edificio y no dejen entrar o salir absolutamente a nadie. ¿Lo ha comprendido? Absolutamente a nadie. Cualquier persona que intente entrar o salir del centro deberá ser herida con un rayo lumínico. ¿Ha entendido bien mis órdenes, capitán Curtis?

El oficial se hallaba un tanto perplejo.

—Creo... que sí, señor.

—Conviene que no las olvide y las cumpla al pie de la letra. Y no existen excepciones de ninguna especie. Cualquier anomalía que ocurra deberá serme comunicada de inmediato.

—Perfectamente, señor.

—Muy bien, capitán Curtis. Sitúe a sus hombres cubriendo todas las entradas y salidas del centro.

—A sus órdenes.

Instantes después remontaban el vuelo en dirección al Cuartel General de la Zona 4. Tan pronto se posaron en la amplia terraza del

edificio les salió al encuentro un hombre atlético de unos cuarenta años.

—¿Qué está ocurriendo, Clem?

Harmody miró recriminativo a Frank Logan.

—Has olvidado saludar al profesor Kressler, Frank. Disculpe a mi subjefe, profesor.

El alemán se encaró a Logan.

—¿Qué noticias puede darme de los astronautas del Proyecto Júpiter, Logan?

—Hace unos minutos que han llegado, profesor Kressler. Perdone que antes no haya...

—Olvídelo —cortó el alemán—. Llévenos ante ellos sin pérdida de tiempo. Supongo que ha tomado las debidas precauciones tal como se le indicó, Logan.

—Desde luego, señor. Pero ignoro...

—Vamos, Logan, por favor.

Frank Logan les indicó el camino a seguir y se rezagó un tanto reteniendo del brazo a Harmody. En tono quedo, susurró:

—¿Qué diablos está pasando con tanto misterio, Clem?

Harmody emitió una risita burlona.

—Cuando te lo diga vas a caerte de espaldas, Frank. Sigue andando y no hagas que el profesor nos llame la atención.

—Sí, pero...

—¿Cómo se han comportado Bird, Rullan y Look?

—Puedes hacerte una idea. Están que pegan mordiscos. A Bird incluso se le han enrojecido los ojos a causa de la excitación que le domina.

CAPÍTULO V

—Espero que dispongan de una razón para todo lo que está ocurriendo, señores —dijo el comandante de vuelo James Bird—. La forma en que hemos sido tratados...

—Tengan un poco de paciencia —pidió Kressler hablando suavemente al tiempo que paseaba la mirada por los astronautas Bird, Rullan y Look—. Puedo asegurarles que los motivos son poderosos.

Detrás de Kressler se encontraban Rhonda Miller y Frank Logan. Flanqueando al profesor, Clem Harmody mantenía la diestra muy próxima a la culata de su pistola.

Tras un breve silencio, indagó el mexicano Alberto Rullan:

—A mí me han tratado como si sufriera una enfermedad contagiosa, profesor Kressler.

—En primer lugar debo informarles que Harold Kane, compañero de ustedes en el vuelo del Proyecto Júpiter, ha muerto —anunció el alemán escrutando sus reacciones.

En los tres semblantes fue de absoluta perplejidad. Eran extraordinarios actores, o realmente la noticia resultaba asombrosa para ellos. El primero en reaccionar fue James Bird:

—¿Algún virus contagioso, profesor Kressler? Hace años que se suspendió la cuarentena después de los vuelos espaciales.

—Si estamos en peligro le ruego que nos lo comunique, señor —solicitó el astronauta Look—. Estoy pensando que para que usted se encuentre al frente del asunto debe tratarse de algo grave.

Luther Kressler dejó pasar unos instantes.

—En efecto, puede ser muy grave —acabó diciendo—. Pero Harold Kane ha muerto en un accidente. De una forma vulgar.

James Bird arqueó las cejas.

—No puedo comprender entonces.

—¿Quieren desprenderse de la vestimenta, señores? —pidió en

el mismo tono blando el alemán—. De cintura para arriba.

De nuevo se reflejó la sorpresa en el rostro de los tres astronautas. Alberto Rullan soltó una ácida sonrisa.

—¿A qué vamos a jugar, profesor?

—No es ningún juego, Rullan.

—¿No? Oiga, me estoy cansando ya de todo esto. No tienen derecho a ponernos en ridículo.

—Soy el jefe de la Organización Mundial del Espacio, Rullan —recordó Kressler—. Y he dado una orden.

—¡Y yo soy un miembro de dicha organización con todos los derechos inherentes! —estalló el mexicano fuera de sí—. Ha creído que puede ultrajar nuestros derechos por ser el jefe, ¿eh?

Bird inquirió serenamente:

—¿Adónde quiere ir a parar, señor?

—Deseo verles la espalda.

Ahora rió irónico Alberto Rullan.

—Se ha confundido si cree que somos de esas vedettes modernas, profesor Kressler. Puedo asegurarle...

—Basta de palabras, Rullan —cortó en tono helado Harmody. Con un rápido movimiento desenfundó la pistola y encañonó a los cada vez más sorprendidos astronautas—. Ya han escuchado la orden del profesor. Fuera la ropa de cintura para arriba.

James Bird intentó protestar.

—¿Quién se ha creído que es, Harmody? No tiene ninguna autoridad sobre la Brigada de Vuelos.

Pero no le sirvió de nada, porque Kressler apoyó al joven:

—Ganaremos tiempo si obedecen sin protestas, señores. Yo sí tengo dicha autoridad.

No obstante, los astronautas siguieron inmóviles. Claude Look

objetó quedo:

—No alcanzo a comprenderlo, señor. ¿Por qué tiene que apuntarnos Harmody con su pistola?

—Les aconsejo que obedezcan —intervino de nuevo Harmody sin dejar de encañonarles y manteniéndose alerta—. Sólo se trata de una comprobación rutinaria,

Alberto Rullan fue el primero en comenzar a desvestirse mientras iba refunfuñando entre dientes:

—Se han vuelto majaretas perdidos.

Bird y Look siguieron el ejemplo del mexicano a regañadientes y segundos después se hallaban desnudos de cintura para arriba. La ropa quedó en el suelo junto a sus pies.

Moviendo la pistola, ordenó Harmody:

—Muestren la espalda.

El astronauta Rullan rió socarrón.

—Me da un poco de vergüenza, la verdad. ¿Sólo se conformarán con verme la espalda?

—Dese la vuelta, Rullan —dijo en tono seco Harmody—. Y no haga más payasadas. Lo que debe recordar en todo momento es que tengo la pistola empuñada.

Rullan obedeció y Harmody arrugó el ceño. La espalda del mexicano aparecía completamente normal. No había círculo violeta incrustado entre sus omóplatos. Extrañado, comentó:

—La tiene en perfecto estado.

—¿Qué esperaba, Harmody? —se burló Rullan—. ¿Acaso me tomó por un lisiado?

Desentendiéndose de él, dijo Clem a los otros:

—Ahora ustedes, señores.

Bird y Look se giraron al mismo tiempo.

El primero de ellos, el comandante de la nave que sobrevoló el planeta Júpiter, no presentaba síntoma alguno en su espalda. La tenía tan normal como el mexicano.

Pero Claude Look... ¡mostraba el círculo violeta, de límites perfectamente definidos!

Kressler ordenó a Bird y Rullan:

—¡Apártense rápido de Look!

—Pero...

—¡Obedezcan, por el amor de Dios!

El mexicano y Bird se alejaron unos pasos mientras Harmody centraba toda su atención en Claude Look que se había vuelto de nuevo a ellos. Su semblante reflejaba una sorpresa sin límites, sincera, verdadera... Movió los labios, inquiriendo perplejo:

—¿Qué... está ocurriendo?

Harmody lo miró fijo a los ojos.

—Tengo la pistola situada en la posición de «herir», Look. Pero morirá sin remedio si me obliga a oprimir el disparador. Por el bien de todos es mejor que permanezca inmóvil.

James Bird se encaró a Kressler.

—¿Podemos saber lo que sucede, señor? —pidió con cierta angustia en la voz—. Tengo la impresión de que nos estamos volviendo locos. Puedo asegurar que mi compañero Claude...

—Hágase a un lado y espere, Bird —le cortó Kressler con un ademán—. Más tarde tendrán la explicación.

Luego se dirigió a Look:

—Harmody ha dicho la verdad, Look. Si hace que oprima el disparador morirá sin lugar a dudas. Le agradeceré, en bien de la humanidad, que permanezca quieto y colabore con nosotros en todo. Es de vital importancia que obedezca todas las órdenes, por extrañas que puedan parecerle. ¿Me ha entendido?

Claude Look movió la cabeza.

—No puedo entender nada, señor.

Kressler dejó pasar unos instantes y luego dijo despacio, sin apartar la mirada de los ojos del astronauta:

—Usted lleva a un extraterrestre dentro de su cuerpo, Look.

James Bird y Alberto Rullan respingaron sobresaltados.

Frank Logan, que hasta aquel momento lo había presenciado todo lleno de curiosidad y asombro, no pudo reprimir la exclamación que brotó de su garganta:

—¡Diablos...!

Claude Look permaneció unos segundos anonadado, mirando fijamente al profesor Kressler como si dudara de sus palabras. Finalmente sacudió la cabeza musitando incrédulo:

—Eso no es posible...

—Lo es, Look —aseguró Kressler hablándole con extremado tacto—. Yo también me resistí a creerlo hasta que pude comprobarlo por mí mismo. Y le aseguro que fue una experiencia muy desagradable.

—¿Cómo es posible que...?

—Todavía no podemos responder a su pregunta, Look —siguió diciendo el alemán—. Puede que logremos hacerlo si usted colabora con nosotros en la investigación.

Hubo un largo silencio y lo rompió Claude Look preguntando:

—¿Qué debo hacer, señor?

Kressler miró brevemente a Harmody dándole a entender que en ningún momento descuidara la vigilancia del astronauta portador. Aquello no era necesario, puesto que el joven se hallaba con todos los sentidos pendientes de Look.

Girándose al sorprendido Logan, ordenó Kressler:

—Disponga una cámara de la mayor fortaleza que le sea posible con doble cristal plastificado duro en uno de los lados. Instale también un intercomunicador dentro de ella. ¿Cuándo la puede tener lista?

Logan se pasó los dedos por la nuca.

—Supongo... que en una hora y media, señor.

—Debe conseguirlo en media hora como máximo, Logan —rebatió duro el alemán—. Cuando la tengan lista dejen provisiones en el interior. Vamos, Logan, no pierda ni un segundo.

Frank Logan salió de la estancia a la carrera.

Kressler miró nuevamente a Claude Look.

—Su colaboración puede ser la salvación de la Tierra, Look. La doctora Rhonda Miller estará en continuo contacto con usted y deseo que le transmita todas sus sensaciones. Por insignificantes que puedan parecerle, hágalo.

Harmody tomó otra vez parte en la conversación:

—¿No ha sentido nada raro hasta este momento, Look? Me refiero al tiempo pasado desde que regresó del vuelo a Júpiter.

Claude Look sacudió la cabeza en muda negativa.

No obstante, Clem Harmody observó que sus globos oculares se estaban volviendo escarlatas.

CAPÍTULO VI

—Creo que hemos introducido a Look en la cámara de seguridad con el tiempo justo —opinó la doctora Rhonda Miller—. Si llegan a pasar unos minutos más...

Delante de ella se encontraba el pequeño intercomunicador conectado al interior de la cámara.

Se hallaban reunidos en una sala de conferencias del Cuartel

General de la Zona 4. Por indicación de Kressler, Harmody puso al corriente de lo sucedido hasta entonces a Frank Logan, James Bird y Alberto Rullan. A todos ellos les costaba un gran esfuerzo dar crédito a lo que estaban escuchando de labios de Harmody.

Era tan asombroso.

Después del pesado silencio que siguió a las explicaciones de Clem Harmody, quiso saber Logan:

—¿Dará la Alarma Ámbar, señor?

Harmody se encargó de responder por el profesor:

—No, por ahora, Frank.

—¿Disponemos de un plan concreto a seguir?

Esta vez fue el propio Kressler quien se preocupó de responder levantando los hombros:

—Sólo en parte. Tendremos que actuar y movernos según se vayan desarrollando los acontecimientos. En primer lugar, se enviará un equipo de investigación a la ciudad 22 de esta Zona 4. Es donde sufrió el accidente Harold Kane y ha podido propagar a esos seres por todas partes del sector. Otro equipo trabajará con el mismo propósito en la ciudad de procedencia de Look y desde luego se establecerá un control riguroso en torno a ambas ciudades.

El profesor Kressler hizo una breve pausa y terminó:

—Por último enviaremos una nave a la Luna con la misión de descubrir si se están esparciendo por nuestras bases.

Bird se pasó la mano por el mentón.

—Rullan y yo podríamos ir a la Luna, profesor —se ofreció—. Nosotros sabemos...

Luther Kressler movió la cabeza, negando.

—Ustedes quedan descartados, Bird.

—¿Por qué, señor? Ahora conocemos el problema.

—Lo siento. Debo pedirles el mismo tipo de colaboración que a Claude Look hasta quedar convencido de que realmente permanecen inmunes a los conos.

James Bird frunció el ceño.

—¿Pretende encerrarnos igual que a Claude?

—Hasta cerciorarme así debe ser, Bird.

—Pero... no somos animales de laboratorio, profesor.

—Le repito que lo siento, Bird. Han estado bajo la influencia de los invasores y tengo que estar seguro de todo lo que rodea al caso.

—Señor...

—Por favor, no insista, Bird —le atajó el alemán—. Nada sabemos con exactitud respecto a los invasores. Hasta el momento no ha existido ninguna homogeneidad en su comportamiento. En cada caso han reaccionado de manera distinta y eso nos desconcierta. Kane pisó la Tierra en el mismo momento que ustedes y, sin embargo, fue un agente propagador inmediato. El doctor Lafevre se comportó de forma imprevista y nos dejó atónitos al poner en evidencia una fuerza sobrehumana. En cambio ya han visto cómo su compañero Look ha accedido dócilmente a nuestra petición de colaboración sin oponer reparos. Por otro lado, Kane y Look han sido portadores de esos seres y ustedes no. ¿Cómo lo podemos explicar?

Clem Harmody asintió despacio.

—Ese punto es realmente extraño, profesor —reconoció con la frente surcada por hondas arrugas—. Charles Lafevre no debía llevar más de unas treinta horas poseído y, sin embargo, ya no era él mismo. Su forma de actuar tratando de huir y destrozando las muñecas a Kelly lo demostró. En cambio Look debe llevar lógicamente más tiempo poseído y... No acabo de entenderlo. Existen demasiados puntos oscuros en todo esto. Yo estoy totalmente convencido de que la perplejidad de Claude Look no era fingida. No sabía que estaba poseído por un ser extraño y eso demostraría que... aún era dueño de su propia personalidad. ¿Cierto?

Kressler levantó los hombros.

—Eso parece, Harmody. Por mi parte también creo que Look ignoraba estar poseído.

—¿Y cómo podemos explicar eso?

—Todavía de ninguna manera, Harmody —suspiró el profesor—. Usted mismo reconoce que existen muchos puntos oscuros en torno. Por ejemplo, ¿qué fines persiguen esos seres? ¿Cómo piensan apoderarse del planeta si ése es el propósito de la invasión? ¿Hasta qué punto tienen poder para reproducirse entre los habitantes de la Tierra? ¿Pueden realmente apoderarse del cerebro humano y utilizarlo contra nosotros mismos? Demasiadas preguntas que se quedan sin respuestas por ahora.

Alberto Rullan intervino diciendo:

—Esos... extraterrestres no traen armas, ¿verdad? En realidad, son diminutos seres de extrañas formas cónicas,

—Pueden ser sólo una parte de dichos seres, Rullan —explicó Kressler—. El cerebro, por ejemplo. Lo que es indudable es que poseen vida propia y vida inteligente, al parecer.

Frank Logan también quiso participar en la conversación:

—Bajo mi punto de vista... Deberíamos llevar a cabo sus planes a la mayor brevedad posible, profesor Kressler. ¿Quién puede asegurarnos que la ciudad 22 no se encuentra totalmente ocupada por los invasores?

—Nadie puede asegurar una cosa así, Frank —explicó Harmody —. Incluso todos nosotros corremos el peligro de ser poseídos en cualquier momento. Ahora mismo uno de los aquí reunidos, puede tener incrustado un cono de color violeta entre los omóplatos e ignorarlo los demás.

Logan tragó saliva y paseó la mirada a su alrededor.

—Propongo que llevemos la espalda al descubierto, profesor Kressler —siguió el joven—. En cuanto a Rhonda... bastará con que

deje desnuda su espalda. Lo mismo pueden hacer las restantes mujeres del...

En aquel instante comenzó a encenderse de forma intermitente una luz roja sobre el intercomunicador que la doctora tenía delante. Rhonda pulsó un resorte.

—¿Qué sucede, Look?

Hasta todos los reunidos llegó escalofriante un grito estridente a través del micrófono:

—¡Quiero salir de aquí!

* * *

—Procure calmarse y explique sus sensaciones de una forma coherente, Look.

Con las manos apoyadas planas en el doble cristal de plástico duro capaz de soportar las mayores presiones, el astronauta Claude Look miraba suplicante al grupo compuesto por Rhonda, Kressler, Harmody, Bird, Rullan y Logan. Por sus mejillas resbalaban lágrimas que brotaban de los enrojecidos ojos.

Una escena patética que crispaba el ánimo de los presentes.

Rhonda Miller manejó el intercomunicador y repitió con gran serenidad su petición:

—Es preciso que se sobreponga, Look. Debe explicarme claramente lo que está sintiendo en estos momentos. Se lo suplico por el bien de los humanos, Look.

La voz del astronauta llegó hasta ellos después de un sollozo:

—Deben sacarme de aquí, por favor... por favor...

—Explique lo que le ocurre, Look.

—No puedo... seguir viviendo con ESTE ser... No puedo soportar por más tiempo su compañía. Siento que me destruye... que toda mi vida le pertenece...

—Haga un esfuerzo y trate de imponerle su inteligencia, Look —

pidió Rhonda poniendo gran énfasis en sus palabras—. Lo logrará si se lo propone firmemente. Sólo tiene que concentrarse en que es USTED MISMO. Hágalo con todas sus fuerzas. Inténtelo, Look, será sencillo...

James Bird se adelantó un paso, prietos los maxilares.

—¡Por lo que más quieran, sáquenlo de ahí!

Clem Harmody lo retuvo por el brazo enérgicamente.

—Quieto, Bird.

—¿No se da cuenta de que sufre horriblemente, Harmody?

—Nada podemos hacer por ayudarle, Bird. Deje que la doctora continúe haciéndolo.

—Pero...

—¡Silencio, Bird! —exigió el profesor Kressler sin girarse—. Si no es capaz de soportarlo salga de aquí.

La voz de Look continuó llegando hasta ellos en tono patético, suplicante, y lloroso:

—Piedad... tengan piedad de mí.

Rhonda hizo un esfuerzo y procuró que su voz llegara al astronauta autoritaria:

—Le ordeno que se calme, Look. ¿Me ha entendido? El ser que lo posee no es superior a usted. Haga un esfuerzo y procure dominarlo. Sólo debe utilizar su poder mental, Look,

—No puedo..., no puedo —sollozó con el rostro apoyado en el cristal Claude Look.

—¡Sí puede hacerlo, Look! —le gritó Rhonda—. Inténtelo al menos y verá cómo lo consigue.

Sin volverse a sus compañeros, pidió la doctora:

—Tratemos de ayudarlo con nuestras propias mentes. Si tan sólo uno de nosotros pudiera establecer una transmisión de pensamiento...

Look necesita fuerza mental urgente. Vamos, concéntrense en ayudarlo con la mente. Creo que es la única posibilidad de serenarlo.

Claude Look siguió con el rostro bañado en lágrimas pegado al cristal plastificado. Sus manos se crispaban arañando.

Y su voz volvió a repetir:

—Deben sacarme de aquí... doctora. Dentro de unos minutos estaré en poder de él. ¿No se da cuenta?

—Usted puede cerrarle el camino, Look. Cierre la mente y evite que penetre en ella. Intente explicarme sus sensaciones y trataré de ayudarle de forma que pueda librarse de su poder.

—Es... demasiado poderoso, doctora,

—Usted puede serlo más con nuestra ayuda, Look. Vamos, ¿qué siente en estos instantes?

Después de un breve, pero intenso silencio, dijo el astronauta:

—Siento... que algo extraño me sube por el pecho en dirección a la cabeza. No puedo evitarlo, es como...

Look guardó silencio y apremió Rhonda:

—Descríbalo, Look. Puede hacerlo.

—Es... como si algo me fuese quemando las células del cuerpo. Siento que mis brazos y piernas se fortalecen. El pecho es un objeto ajeno a mi persona. Una sensación extraña...

—¿Por qué se fortalecen sus miembros, Look? No es lógico que eso suceda si por el contrario se le adormece el resto del cuerpo.

—No puedo explicarlo... ¡Sáqueme de aquí!

—Lo haré cuando tenga los datos necesarios, Look. No se detenga y siga hablando. Vaya explicándolo todo.

—¿Qué puedo explicar? La quemazón me empieza a llegar al cuello. Pronto se apoderará de mi cerebro.

—¡Defiéndase, Look! —suplicó a gritos la doctora Miller—. ¡Por el

amor de Dios!

—¡Quiero salir! Por favor... por favor...

De repente enmudeció Claude Look.

Sus ojos enrojecidos quedaron fijos, como carentes de vida, en el grupo situado al otro lado de la pared traslúcida. Una mueca horrible crispó su semblante, pero su voz no volvió a escucharse.

El silencio se hizo interminable.

Rhonda encogió los hombros profundamente desalentada. Se giró al profesor y lo miró impotente.

—Ha sido inútil —murmuró.

Kressler puso una mano en su hombro.

—Usted ha hecho todo lo humanamente posible por salvarlo, Rhonda. No se sienta culpable en absoluto.

Ella levantó una mirada preñada de dolor hacia Kressler.

—¿Por qué han de ocurrir cosas tan horribles, profesor?

—Vamos, Rhonda, domínese.

Entretanto, Clem y los otros mantenían la mirada fija, como fascinada clavada en los ojos inyectados en sangre del astronauta Claude Look. Y de repente respingó sobresaltado Harmody.

Look comenzó a golpear frenético la pared de doble cristal.

Y aquel plástico duro capaz de resistir las más altas presiones conocidas en la Tierra... ¡ESTABA SALTANDO HECHO AÑICOS!

CAPÍTULO VII

Logan, Bird y Rullan retrocedieron temerosos.

Kressler y Rhonda quedaron petrificados en el lugar donde se hallaban cuando la pared saltó en pedazos.

Clem Harmody dio la impresión de esperar algo parecido, puesto que fue el único en reaccionar de forma conveniente. Empujó violentamente al profesor y a Rhonda en el instante en que el cuerpo de Look saltaba por el hueco abierto.

Antes de tocar el suelo con los pies ya había disparado Harmody su pistola en dirección al astronauta.

Look recibió el rayo lumínico en el centro del pecho y se retorció en el aire aullando de forma estremecedora.

Quedó tendido en el suelo encogido, inmóvil, en grotesca postura. Rápidamente, como sucediera con el doctor Lafevre, empezó su desintegración a un ritmo todavía superior. Harmody, contraviniendo las reglas de la Organización Mundial del Espacio, tenía el dispositivo de su pistola situado en la posición de «matar».

Ni siquiera se preocupó de comunicar a Kressler su precaución.

Bird, Logan y Rullan vieron atónitos cómo se iba deshaciendo el cuerpo de Claude Look. Ya era sólo un rastro plateado en el pulido suelo, cuando pudo articular Bird:

—Pobre Claude. Una muerte tan horrible...

Harmody sacudió la cabeza negando:

—En ese cuerpo no quedaba nada de Claude, Bird.

—Sin embargo, es monstruoso —musitó Rullan—. Habíamos compartido con él infinidad de peligros y ahora...

Frank Logan, lívido el semblante, masculló:

—Hay que combatirlos con todas nuestras fuerzas.

Luther Kressler cabeceó afirmativamente.

—Eso es lo que haremos, Logan.

* * *

—¿Alguna novedad, doctor Rostoff?

En la pantalla del televídeo los labios de Paul Rostoff se movieron

y su voz les llegó a través de los receptores:

—Descubrimos dos casos más en el Centro, profesor.

—¿Tomaron las medidas oportunas?

El rostro del soviético se ensombreció.

—Han sido eliminados. Hasta el momento no han vuelto a aparecer esos malditos conos en las espaldas del personal a mi cargo. Cumpliendo órdenes vamos todos desnudos de cintura para arriba.

—Perfectamente, Rostoff. Seguiremos manteniendo un contacto periódico con usted.

—Profesor Kressler...

—Diga, Rostoff.

—Debo informarle que estoy llevando a cabo algunos experimentos científicos.

El alemán arrugó el ceño.

—¿Qué tipo de experimentos?

—He construido una especie de camisa que puede cubrirnos la parte superior del cuerpo. He partido de la materia prima que produce los rayos lumínicos para confeccionarla. Opino que puede resultar una protección adecuada, señor.

Kressler aprobó con una lenta cabezada.

—Es posible, doctor.

—Pienso ensayarla lo antes posible, profesor Kressler.

Ahora hubo una expresión de alarma en el semblante del profesor.

—¿Qué se propone exactamente, Rostoff?

—Voy a encerrarme en una sala con la camisa puesta, profesor. Es una malla que se adhiere perfectamente al cuerpo. Dejaré en libertad a uno de los conos y me mantendré en todo momento próximo

a él. Será una manera de comprobar la eficacia de mi prenda y puedo tener los resultados mañana mismo.

—¡Se lo prohíbo, Rostoff! —rugió el alemán—. ¿Acaso no se da cuenta de lo peligroso que puede ser?

—Alguien tiene que probarla, señor.

—Pero no usted, doctor. Solicite un voluntario para llevar a cabo la prueba.

—Lo siento, profesor Kressler —siguió terco el soviético—. Creo mi deber hacerlo y nada me hará cambiar de opinión. No tengo derecho a exponer la vida de uno de mis hombres.

Kressler respiró con fuerza,

—Escuche, Rostoff...

Pero el jefe del Centro de Medicina Espacial había cortado la comunicación.

La pantalla del televídeo aparecía en blanco.

* * *

Bird y Rullan habían sido encerrados en un lugar especialmente construido y se hallaban bajo vigilancia intensiva. Se trataba de un sótano cuyas paredes naturales eran imposibles de romper. Una mirilla situada en el techo a unos siete metros de altura y protegida por triple cristal plastificado, era el único lugar de salida y entrada.

Aun rompiendo dichos cristales, por el hueco que quedara no podría pasar el cuerpo de una persona. Si ambos astronautas resultaban inmunes se tendría que romper y ensanchar la mirilla para rescatarlos. Como en el caso de Look, fue instalado un intercomunicador en el interior del sótano.

Bird y Rullan mostraron su disconformidad, pero no tuvieron otra alternativa que acabar accediendo.

Una nave partió para la Luna con tres astronautas veteranos a bordo y una misión concreta encomendada, que el profesor Kressler

se encargó de explicar personalmente.

Frank Logan y otros dos miembros de absoluta confianza para la Organización Mundial del Espacio, salieron para la ciudad de procedencia del astronauta Claude Look, en la Zona 9. Utilizaron uno de aquellos vehículos ultrarrápidos que se reservaban exclusivamente para los altos jefes de la Organización.

Pero se hallaban en una emergencia.

Después de la partida de Logan y sus dos compañeros se reunieron en el despacho oficial de Harmody, el profesor Kressler, Rhonda Miller y el propio Clem. Tomaron asiento en torno a una mesa y hubo unos instantes de silencio.

Al prolongarse, dijo Clem:

—Queda por enviar la patrulla a la ciudad 22, profesor.

El alemán sacudió la cabeza.

—Posiblemente el lugar más peligroso de todos, Harmody.

El joven lo miró fijo a los ojos.

—Lo ha reservado para mí, ¿eh, profesor?

—Oiga, Harmody, quiero que comprenda...

—Me ofrezco voluntario para la misión, señor —sonrió Clem—. Lo estimo mi obligación como jefe de la Zona 4 que soy.

Kressler dio una cabezada de asentimiento.

—En verdad estaba pensando en usted para inspeccionar la ciudad 22, Harmody. No obstante no deseaba obligarlo a correr un riesgo evidentemente alto.

—¿Cuándo partiré, profesor?

En eso intervino Rhonda Miller:

—Yo voy contigo, Clem.

El joven dejó escapar un respingo.

—Ni hablar, nena —rechazó firme—. Elegiré a un hombre de mi

confianza y...

Se interrumpió el jefe de la Zona 4 sorprendido, porque el profesor estaba diciendo:

—Apruebo la iniciativa de la doctora Miller, Harmody. Ella es la persona más adecuada dada su profesión. Además que conoce perfectamente el problema.

Clem miró ceñudo al alemán.

—Pero ella es...

Rhonda se quedó mirándolo divertida.

—¿Ibas a decir que soy una mujer, Clem?

—¡Exactamente!

—Vamos, Clem —se burló la chica—. No vayas a decirme que perteneces a esa minoría de individuos que todavía se aferran a las absurdas ideas de nuestros antepasados. Hace años que se estableció la igualdad de la mujer a todos los niveles.

Clem Harmody apretó los maxilares furioso.

—Esto es distinto, Rhonda —argumentó conteniéndose a duras penas—. No sabemos lo que nos espera en la ciudad 22.

Ella rió ampliamente.

—Será divertido descubrirlo a tu lado, Clem. Y puede ser una valiosa experiencia de cara al futuro.

Harmody inspiró con fuerza.

—Mira, Rhonda, si lo que pretendes es demostrar tu valor...

—La doctora Miller sólo desea colaborar, Harmody —lo interrumpió el profesor Kressler—. No veo ningún motivo que sirva de impedimento para que lo acompañe.

—No, ¿eh?

—Dígame uno convincente, Harmody.

Clem miró fijamente al profesor y luego desvió la mirada a la

muchacha. Estuvo a punto de decir el principal motivo que lo impulsaba a rechazar su ofrecimiento, pero la chispa burlona que descubrió en las pupilas de Rhonda se lo impidió.

Finalmente, emitió un gruñido.

—Está bien —dijo hosco—. Iremos juntos.

Luther Kressler asintió moviendo la cabeza.

—Pediré a Rostoff que confeccione dos de esas camisas. Es posible que todavía no hayan sido probadas, pero la teoría del doctor me parece acertada. Si funcionan pueden serles de gran ayuda.

CAPÍTULO VIII

Clem Harmody accionó los mandos del vehículo de líneas aerodinámicas refrenando su marcha. Debajo de las ropas plastificadas que habitualmente se usaban en acto de servicio, llevaban puestas las camisas de malla construidas por Rostoff.

La ciudad 22 de la Zona 4 se hallaba a unos dos mil metros por debajo del fuselaje de plástico duro.

El profesor Kressler había establecido como centro de todas las operaciones el despacho de Harmody en el Cuartel General de la zona. Desde allí se mantenía en contacto directo con los cuatro puntos donde se estaba llevando a cabo la investigación. El Centro de Medicina Espacial, la nave que viajaba a la Luna, Frank Logan en la Zona 9, y ellos mismos en la ciudad 22.

La ciudad aparecía normal a simple vista.

Rhonda preguntó a su acompañante:

—¿Tienes un plan preconcebido en mente, Clem?

—Por supuesto —replicó el joven un tanto adusto. Aún no había asimilado del todo el acompañamiento de la muchacha. Después de unos instantes, agregó—: Nos dirigiremos directamente al

Departamento de la Organización en la ciudad. Simularé que vamos a realizar una inspección rutinaria.

—Comprendo.

—Voy a descender. Comunica con el profesor y anúnciale que hemos llegado sin novedad.

Rhonda accionó un interruptor de comunicación sin pantalla y habló por el micro:

—Aquí A2 llamando a central, ¿me escuchan?

Utilizaban un canal especial sin posibilidades de interferencias extrañas. La voz del profesor les llegó nítida por el receptor:

—Adelante, A-2.

—Nos encontramos sobrevolando la ciudad 22 en estos instantes. Todo parece en calma ahí abajo y no existen motivos de alarma por el momento, profesor.

—Les aconsejo de nuevo que extremen las precauciones. No hace falta que les diga lo que puede ocurrir.

Harmody replicó irónico dirigiéndose al micro:

—Tiene razón, profesor; no hace falta que lo haga. Cortamos la comunicación porque comienzo a descender.

—De acuerdo, Harmody.

Cuando se hubo cortado el contacto con el Cuartel General miró Rhonda al joven recriminativamente.

—Te gusta ser áspero, ¿eh, Clem?

—¿A qué viene eso?

—No te gusta el profesor Kressler.

Harmody torció la boca riendo burlón.

—Desde luego me gusta mucho menos que tú, muñeca —hizo una mueca cómica y añadió fingiendo arrepentimiento—: Perdona, olvidé que no debo aplicar esos adjetivos en estos tiempos.

Rhonda prefirió guardar silencio.

El vehículo descendió vertiginoso un buen trecho y luego suavizó su vuelo bajando verticalmente en dirección a una amplia terraza cuyo suelo estaba pintado de rojo. Era la cúspide de un edificio situado geométricamente en el centro de la ciudad.

Antes de acabar de posarse, inquirió Harmody:

—¿Conoces el número de habitantes de la ciudad 22, doctora?

—Unos ocho millones.

—Ocho millones setecientos cincuenta y seis mil exactamente, según datos de la última estadística. Hace tan sólo cuarenta años no pasaban de los tres millones.

—¿Cómo se llamaba antiguamente?

—Lo ignoro exactamente. Creo que San Luis, o Indianápolis. No estoy muy seguro. Ahí tenemos al amigo Crane.

En efecto, todavía no estaba detenido del todo el vehículo, cuando el jefe departamental de la ciudad, Jeff Crane, ya se encontraba junto a la portezuela de salida. Era un hombre de unos cuarenta y ocho años, de figura alargada y rostro anguloso.

No le gustó a Rhonda.

Harmody descendió en primer lugar y Crane le salió al encuentro saludándolo un tanto rígido:

—A sus órdenes, señor.

—¿Cómo van los asuntos de su ciudad, Crane?

—Bien, señor.

Clem se giró entonces y presentó a la muchacha:

—Es la doctora Rhonda Miller del Centro de Medicina Espacial. Éste es Jeff Crane, jefe del Departamento, Rhonda.

Crane se mostró frío con la muchacha.

—¿Cómo está, doctora?

—Encantada de hallarme en su ciudad, Crane. No tuve ocasión de visitarla con anterioridad.

Crane se desentendió enseguida de ella y se giró mirando evidentemente preocupado a Harmody.

—¿A qué debemos el honor de su visita, señor?

—Se trata de una inspección médica rutinaria, Crane —respondió Harmody sin darle importancia a la cosa—. Se debe a una petición formulada por el Centro. Al parecer desean comprobar personalmente el estado de salud de nuestros hombres.

Jeff Crane carraspeó molesto.

—No he sido avisado con antelación, señor.

—Me gustan las sorpresas, Crane. Ya conoce mi forma de actuar habitualmente.

Crane tragó saliva.

—Sí... sí, señor.

—Sólo permaneceremos en su ciudad el tiempo imprescindible, Crane. ¿Podemos ir a su despacho?

Jeff Crane se azoró al darse cuenta de su falta de tacto.

—Desde luego, señor. Le ruego perdone mi torpeza.

—Vamos, Crane —sonrió el joven—. No tiene la menor importancia. Hace años que nos conocemos, ¿no?

Crane caminó en primer lugar mostrando la dirección hasta el turboascensor que los dejó en la planta donde se ubicaba su despacho. Una vez instalados, comentó Harmody:

—No debe preocuparse, Crane. La doctora llevará a cabo un reconocimiento superficial a los hombres que se encuentren libres de servicio en estos momentos.

—Mis hombres gozan de una salud excelente, señor.

Harmody levantó ambas manos y encogió los hombros al tiempo

que chasqueaba la lengua.

—Me consta, Crane. No obstante no es a mí a quien tienen que convencer. La doctora Miller rellenará unos formularios de cara al archivo del Centro. Es muy simple y ya lo hemos hecho en las ciudades 19, 23, 25, 24 y 21. En este sector nos faltan ustedes y la 20.

Rhonda dedicó una sonrisa a Jeff Crane.

—Bastará con que reconozca a unos ochenta o cien de sus hombres, señor Crane. En estos tiempos sería catastrófico que se declarara una epidemia a causa de cualquier virus desconocido. No —se apresuró a agregar con naturalidad—: No es que hayamos detectado el menor síntoma entre la población. Puede estar tranquilo al respecto.

Crane la miró fijo al rostro.

—Lo estoy, doctora Miller.

—Lo celebro, Crane.

—Ande, Crane —pidió Harmody señalando el televídeo sobre la mesa del jefe del Departamento—. Llame al oficial de guardia y dígale que los hombres libres acudan al salón de vestuarios para someterse al reconocimiento.

—Sí, señor.

—Pueden hacerlo en turnos de veinte cada vez.

Observando el titubeo de Crane, añadió Harmody:

—Tenemos mucho trabajo por delante todavía y quiero acabar cuanto antes, Crane.

—Desde luego, señor.

Jeff Crane se puso ante el televídeo y dio las ordenes oportunas al oficial de guardia.

Tan sólo unos tres minutos más tarde éste se comunicó de nuevo con Jeff Crane.

—El primer turno está dispuesto, jefe.

—Ahora vamos para allá, Dobson.

Rhonda, Harmody y Crane abandonaron el despacho y se encaminaron al vestuario situado en la planta segunda del edificio. Entraron en una alargada sala de regulares dimensiones. Tanto Rhonda como Harmody observaron atentamente a los veinte hombres situados en hilera frente a ellos.

Rhonda avanzó unos pasos y extrajo del bolsillo una diminuta linterna. Sin mirar siquiera a Crane, pidió con naturalidad:

—Diga que se desvistan, Crane. Por supuesto, bastará con el torso desnudo.

Crane vaciló brevemente y Harmody no dejó de advertirlo.

Finalmente transmitió la orden.

Los veinte hombres comenzaron a desprenderse de sus brillantes camisas y poco después quedaron desnudos de cintura para arriba. Inmóviles esperaron el reconocimiento.

Rhonda pidió aproximándose a ellos:

—Dense la vuelta, por favor.

Los veinte hombres obedecieron y entonces sintió la doctora Miller que las piernas le flaqueaban.

¡Ante ella vio veinte círculos color violeta intenso!

Harmody se giró con rapidez a Jeff Crane.

El jefe del Departamento de la ciudad 22 lo estaba mirando con una expresión sarcástica plasmada en el semblante. Tenía los ojos completamente rojos y sus labios se movieron.

—Es una lástima que haya venido antes de tiempo, Harmody. Ahora no podrá salir con vida de la ciudad.

CAPÍTULO IX

Clem Harmody se hallaba preparado para una eventualidad como aquélla desde el momento en que llegó a la terraza del edificio. Exactamente igual ocurría con Rhonda y por eso la doctora dio un salto atrás alejándose de aquellos hombres.

Sin embargo, éstos no hicieron la menor intención de atacar. Se sabían muy superiores y aguardaron con rostros inexpresivos las órdenes de su jefe.

Clem ladeó ligeramente el cuerpo cubriendo a Rhonda y respondió a Jeff Crane:

—¿Eso es lo que cree, Crane? ¿O acaso debo llamarle por otro nombre?

El jefe del Departamento sonrió irónico.

—Sigo siendo Jeff Crane, Harmody. Sólo... que con un cerebro infinitamente superior al que tenía.

—Se han adueñado de la ciudad completamente, ¿eh?

—No me importa decirlo puesto que ya no saldrán de aquí, Harmody —respondió Crane—. La ciudad no es completamente nuestra todavía. Aún existen focos rebeldes, pero es sólo cuestión de horas el que caigan en nuestro poder.

—¿Y qué esperan conseguir, Crane? Una ciudad contra todo el planeta. Es absurdo pensar en una invasión total de la Tierra. No discuto que lo hubiesen conseguido si no llega a descubrirse lo que estaba ocurriendo. Ahora no pueden hacer nada. Serán aniquilados.

Los labios de Crane se curvaron en sonrisa de superioridad.

—¿Usted cree, Harmody?

—Afortunadamente fueron detectados con la suficiente antelación para adoptar las pertinentes medidas de seguridad. En estos momentos la ciudad se encuentra rodeada por fuerzas de la Organización Mundial y cualquier persona que intente abandonarla será eliminada.

Crane atirantó el semblante.

—Eso es mentira, Harmody. No ha sido dada la Alarma Ámbar.

Clem pensó en el profesor Kressler. Después de todo resultó acertada su firme decisión de no dar la Alarma Ámbar. Aquellos habitantes de la ciudad 22 no estaban al corriente de lo que sucedía. Sin embargo, si se hubiese dado la alarma de máximo peligro...

Adelantó el mentón asegurando:

—Le estoy diciendo la verdad, Crane.

—Aun así poseemos poderes inauditos, Harmody.

—Los conozco sobradamente. ¿Qué siente al estar poseído por un ser extraño, Crane?

—¿Un ser extraño? —repitió Crane burlón—. Son seres infinitamente superiores en inteligencia a los humanos, Harmody. La Tierra marchará mejor cuando se encuentre totalmente en nuestro poder.

—Eso no sucederá jamás, Crane.

—No me diga.

—Usted no sabe todavía que tienen un punto flaco, un punto que los hace demasiado vulnerables frente a los terrestres. Debo admitir que lo hemos descubierto con una buena dosis de suerte.

Crane lo miró fijo a los ojos.

—¿Cuál es nuestro punto vulnerable, Harmody?

Clem meditó en que nada positivo conseguiría prolongando la conversación con Crane. Rhonda y él debían salir inmediatamente de allí si querían contar con alguna posibilidad de sobrevivir. Y tenían que lograrlo para dar el informe al profesor.

Fingiendo indolencia, dijo:

—Éste...

Y uniendo la acción a la palabra desenfundó la pistola a velocidad vertiginosa oprimiendo el disparador.

Lo hizo justo a tiempo, puesto que Jeff Crane, al percatarse de sus intenciones, pretendió saltar sobre él. De haber conseguido aferrarlo por alguna parte del cuerpo...

Crane aulló de manera escalofriante al ser alcanzado en el aire por el rayo lumínico. Cayó al suelo pataleando y comenzó a desintegrarse rápidamente.

Sus hombres quedaron unas décimas de segundo atónitos.

Harmody aprovechó la ocasión y sin pensarlo dos veces comenzó a disparar a mansalva sobre ellos al tiempo que gritaba a la doctora:

—¡Échame una mano, Rhonda!

La muchacha vaciló en los primeros momentos. Pero luego, al ver que los hombres de Crane se aproximaban cada vez más a Clem a pesar de que éste no dejaba de disparar, extrajo del cinturón su propia pistola y también se puso a oprimir el disparador.

Los chillidos atronaban la estancia.

Muchos cuerpos se desintegraban en el suelo.

Por suerte para Rhonda y Clem, las modernas pistolas de rayos lumínicos poseían una velocidad de disparo ultrarrápida. Y su carga no se agotaba mientras funcionara la pequeña pila dentro de ellas. Podían efectuar hasta mil ochocientos disparos sin que la pila se agotara.

El hombre de Crane que más consiguió acercarse a ellos llegó a un metro y medio de distancia, antes de caer alcanzado.

Todo sucedió a increíble velocidad y segundos después no quedaba con vida ninguno de los hombres de Crane. Algunos todavía se estaban desintegrando cuando ambos jóvenes abandonaron la sala de vestuarios.

Harmody dijo a la muchacha:

—Dispara sin titubeos contra todo el que se oponga a nuestra salida, Rhonda.

—Pero... pueden no estar poseídos, Clem.

—En ese caso no les sucederá nada porque situaremos el dispositivo de las pistolas en la posición de «herir». Sólo si están poseídos morirán sin remedio, en caso contrario se repondrán.

—De acuerdo, Clem.

—Vamos. No perdamos tiempo.

Despreciando el turboascensor ambos jóvenes se aventuraron por la escalera descendiendo hacia la salida. Apenas bajaron cinco o seis peldaños cuando vieron que tres hombres uniformados les cerraban el paso.

Dispararon sin titubeos.

Siguieron su avance saltando por encima de los cuerpos que comenzaron a desintegrarse. Alcanzaron el rellano de la primera planta y pretendían continuar hasta la calle, cuando vieron que seis hombres acudían corriendo por un pasillo en dirección a ellos.

Harmody se puso a disparar y Rhonda lo imitó a tiempo de acabar con dos de los agresores.

El hecho de que también empezaran a desintegrarse demostró a los dos jóvenes que Crane dijo la verdad al asegurar que toda la ciudad se hallaba en poder de ellos. Por inaudito que pudiera parecer, una ciudad de unos ocho millones de habitantes pertenecía por completo a los seres extraterrestres.

Aquello sólo dejaba una opción a la Organización.

Llegaron jadeantes a la salida y los dos centinelas situados a ambos lados de la puerta se quedaron mirándolos perplejos. El de la derecha se adelantó un paso.

—¿Eh, quiénes son ustedes?

Harmody disparó casi a bocajarro sobre él y revolviéndose raudo acabó también con el otro. La pareja de centinelas comenzó la desintegración lo mismo que sus compañeros del interior.

Clem aferró a Rhonda de la mano y corrió por la acera.

—¡Tenemos que alejarnos lo antes posible!

Durante dos manzanas de edificios fueron a la carrera. Luego se mezclaron con los numerosos transeúntes para no llamar la atención. Afortunadamente, el Departamento se hallaba situado en el centro neurálgico de la ciudad. Donde más gente deambulaba por las calles.

Y todo había sucedido con tanta rapidez que nadie pudo advertir lo ocurrido, ya que todavía no se dio la alarma por parte de los miembros oficiales del Departamento.

Harmody pasó un brazo por la cintura de Rhonda y siguieron caminando con naturalidad, como una pareja de enamorados. Pero siempre alejándose del edificio del Departamento.

En un susurro inquirió ella:

—¿Qué haremos ahora, Clem?

En el mismo tono quedo, respondió el joven:

—En primer lugar escurrir el bulto. Tardarán escasos minutos en dar la alarma general y entonces no estaremos seguros en ninguna parte. Hay que comunicar con Kressler tan pronto nos sea posible.

—El transmisor quedó en el vehículo, Clem.

—El profesor es un hombre inteligente y tuvo en cuenta esta posibilidad. Dispongo de uno de bolsillo y largo alcance. Puedo transmitir en onda corta a una frecuencia que sólo Kressler captará.

Rhonda miró a su alrededor y observó unos instantes a las personas que se iban cruzando con ellos sin prestarles la menor atención. Cada cual llevaba en su interior sus propios problemas y no se interesaban en absoluto de los que aquejaban a sus semejantes.

Levantando la mirada a su compañero, dijo:

—No puedo creer que todas estas personas se encuentren poseídas, Clem.

—Ya escuchaste a Jeff Crane, doctora. Sólo quedan pequeños focos de personas libres en toda la ciudad. Y lo curioso del caso es que ellos ignoran lo que ocurre. Ignoran que se hallan conviviendo con seres procedentes de otro planeta. Quizá de otra Galaxia.

—Me cuesta mucho admitir eso, Clem.

—Pronto lo averiguaremos, Rhonda.

—¿Cómo?

Harmody señaló un portal a la derecha de ellos.

—Penetraremos ahí y será cuestión de averiguar entre los moradores civiles. Iremos repitiendo la operación tantas veces como lo consideremos necesario para convencernos.

Al llegar frente a la puerta de la vivienda indicada por el joven, empujó Clem a la muchacha introduciéndola en el interior. Se encontraron en un amplio vestíbulo y sin dudar se encaminó el jefe de la Zona 4 a la escalera, llevando sujeta de la mano a la doctora Miller.

Llegaron al primer rellano y eligieron una puerta al azar.

Clem pulsó el botón de llamada y esperó, sacando la pistola de la funda, hasta que fue franqueada la entrada.

Frente a ellos vieron a un hombre de unos treinta y cinco años que los miró inexpresivo,

—¿Qué desean...?

Harmody lo encañonó con la pistola y lo empujó entrando tras él en la vivienda. Rhonda los siguió y se ocupó de cerrar nuevamente la puerta de entrada.

Llegaron a un confortable comedor-living y pudieron ver que sentados en torno a una mesa se hallaban una mujer joven y dos niños de unos siete y cinco años aproximadamente. Todos levantaron la cabeza mirando extrañados a los recién llegados.

La mujer salió de su asombro y preguntó al que seguramente era su esposo:

—¿Qué sucede, Lorne?

Éste levantó los hombros con desaliento y desconcierto. Entonces los abarcó Harmody con la pistola y ordenó quedo:

—Quiero ver las espaldas de ustedes, amigos.

El hombre llamado Lorne respingó sorprendido.

—¿Se ha vuelto loco? ¿A qué viene este intolerable atropello? Le advierto que cursaré la correspondiente denuncia a...

—¡Vamos! —lo cortó seco Harmody—. Obedezcan sin rechistar si no quieren acabar mal.

Como apoyo a sus palabras aproximó el dedo al disparador de la pistola y aquello acabó con la resistencia del matrimonio. Comenzaron a desvestirse de cintura para arriba sin dejar de mirar a Clem como si éste fuese realmente un demente.

Cuando hubieron acabado, señaló Harmody a los niños:

—Ellos también.

La mujer se encargó de obedecer en silencio y desprendió a sus hijos de las camisas.

—Ahora quiero ver sus espaldas —pidió en el mismo tono autoritario Harmody—. Dense la vuelta

El matrimonio obedeció despacio imitado por el mayor de los niños. Al pequeño tuvo que girarlo su propia madre.

Rhonda no pudo reprimir la exclamación dolorosa que se escapó de su garganta.

Estaba viendo los conos de color violeta incrustados entre los omoplatos de los cuatro componentes de aquella familia.

Harmody endureció las facciones y levantó la pistola.

Rhonda se estremeció y puso la mano sobre el antebrazo de Clem.

—Son dos niños, Clem —murmuró aterrada—. Sería monstruoso que...

El joven apretó los maxilares lívido el semblante.

—¿Acaso supones que no lo sé?

—No podemos ser tan crueles, Clem. Por Dios

En aquel momento se giró el hombre bruscamente.

—Escuchen... Ignoro lo que se proponen, pero dejen a mis hijos y a mi esposa fuera de esto. Hagan conmigo lo que deseen...

Mientras hablaba se iba acercando a los dos jóvenes. Clem Harmody no tuvo otra alternativa que empezar a disparar.

CAPÍTULO X

Lorne casi llegó a tocarlo con la punta de los dedos antes de recibir en el estómago el rayo surgido de la pistola de Harmody. Abrió mucho la boca lleno de asombro y se desplomó de costado revolcándose en estertores mortales.

Su mujer chilló enloquecida y se abalanzó en dirección a Harmody como un animal herido.

Muy a pesar suyo, tuvo que seguir disparando Clem.

Ella, alcanzada también por el rayo lumínico, cayó sobre su esposo cuando éste comenzaba ya a desintegrarse. Quedaron cruzados en el suelo uno encima del otro.

Los dos niños quedaron inmóviles contemplando aterrados lo que estaba pasando con sus padres.

Rhonda se interpuso pálida como una muerta.

—A ellos no, Clem —suplicó con ansiedad—. Bastará con dejarlos bien atados.

Harmody lo pensó brevemente y acabó dando una cabezada.

—De acuerdo.

Rhonda se dirigió con presteza a una cortina y tirando de ella la descolgó. Pensando utilizarla a modo de cuerda se aproximó en primer lugar al menor de los dos pequeños. Le puso una mano en el hombro intentando darle la vuelta, pero entonces alargó la manita el

niño de unos cinco años.

Entre sus deditos logró aferrar el índice de Rhonda y entonces ésta sintió una férrea presión en él. Era como si lo tuviera cogido por unos alicates.

Quiso tirar soltándose, pero no lo logró. De sus labios se escapó un grito al no poder seguir soportando el intenso dolor que le subía por el brazo.

Clem no lo pensó más.

Apuntando cuidadosamente al pequeño hizo fuego.

Rhonda consiguió entonces soltarse y se apartó unos pasos sosteniéndose la mano herida con la otra. Llegó junto a una de las paredes y se apoyó en ella lívido el rostro.

Harmody disparó de nuevo alcanzando al otro niño.

En la estancia se hizo un profundo silencio. Los dos pequeños cuerpos se hallaban en el suelo desintegrándose en medio de un alucinante chisporroteo y el mismo olor nauseabundo de siempre lo invadió todo.

Clem fue junto a Rhonda.

—¡Es... monstruoso, Clem! —musitó ella.

—No eran niños en realidad, Rhonda —explicó él—. Déjame echar un vistazo a tu herida.

Rhonda le mostró el dedo índice y Harmody lo contempló asombrado. Se hallaba fracturado por varios sitios, retorcido y casi aplastado por la extraordinaria presión de la mano de un niño de cinco años. Algo verdaderamente imposible de creer.

Haciendo una mueca, dijo:

—Cualquiera de los dos pequeños podía destrozarnos con sus propias manos, Rhonda. Sus cuerpos podían ser de niños pero en sus mentes se alojaba un adulto extraterrestre.

—¿Qué haremos ahora, Clem? —musitó la doctora crispados los

labios a causa del dolor.

—En primer lugar trataré de curar tu dedo, Rhonda. Siento no tener a mano un sedante.

—No te preocupes —le sonrió ella valerosamente—. Soportaré el dolor, Clem.

Harmody se fue en busca del botiquín de la vivienda y regresó a los pocos minutos con un rollo de venda adhesiva y dos pequeñas tiras de plástico sacadas de algún lugar de la cocina.

Empezó la cura del dedo de Rhonda y éste fue el momento en que la muchacha tuvo que apretar con fuerza los dientes para no gritar de dolor. Cuando terminó Harmody, sintió un considerable alivio, ya que el dedo estaba totalmente sujeto por la venda adhesiva y además le había aplicado el joven un sedante local encontrado en el botiquín.

Clem levantó la mirada a los ojos de ella,

—Te has portado bien, Rhonda —elogió—. Seguro que he debido hacerte un daño horrible.

—No eres un gran médico que digamos, Clem —bromeó la chica forzando también una sonrisa—. De todas formas, gracias.

—Mis manos son tan torpes como las de un oso —reconoció él incorporándose—. Voy a intentar la conexión con el profesor.

De un bolsillo interior de su indumentaria extrajo una pequeña cajita rectangular. Sacó una corta y delgada antena de una de las esquinas y accionó un pulsador de forma intermitente acercando el micro incorporado a sus labios.

—Aquí A-2 llamando a central. Aquí A-2 llamando a central. ¿Pueden escucharme?

Esperó unos segundos y nada indicó que su mensaje hubiese sido captado en el Cuartel General

—Aquí A-2, Aquí A-2 llamando a central. Responda, central.

Tampoco tuvo éxito en el segundo intento y Rhonda movió la cabeza en lenta negativa.

—No lo conseguirás, Clem.

—Tengo que seguir intentándolo —accionó de nuevo el pulsador mientras iba repitiendo—: A-2 solicitando comunicación con central. Respondan si me escuchan.

Transcurrieron unos segundos y después de un zumbido metálico le llegó la voz inconfundible del profesor Kressler:

—¿Qué ocurre, Harmody?

—Casi nada, profesor —resolló Harmody aliviado—. La ciudad 22 se halla completamente en poder de los invasores.

—¿Está seguro?

—¿Cómo no voy a estarlo, profesor? —estalló furioso Harmody —. Hemos eliminado ya a más de veinte personas entre civiles y militares.

—Tenga calma, Harmody —recomendó la voz del profesor—. Explique detalladamente todo lo ocurrido desde que llegaron.

Clem lo hizo de una forma concisa, escueta, pero sin omitir ningún detalle de lo sucedido. Cuando hubo terminado su relato, inquirió el alemán:

—¿Puede continuar la doctora Miller?

Rhonda le hizo una señal afirmativa con la cabeza y dijo sarcástico el joven:

—Desde luego, señor. Sólo tiene un dedo triturado.

—¿Cuál será su siguiente paso, Harmody?

—Voy a seguir investigando en domicilios particulares profesor. Si se confirman las palabras de Jeff Crane, sólo habrá una cosa que hacer. ¿Me comprende?

Hubo un silencio y al prolongarse lo rompió Kressler preguntando:

—¿Destruir la ciudad 22?

—Exactamente, profesor —repuso grave Harmody—. No nos

quedará otra alternativa. De momento deben estrechar el cerco en torno a la ciudad y no permitir que nadie la abandone por tierra o aire.

—Me ocuparé de eso. ¿Ha pensado lo que les ocurrirá a ustedes si envío a una escuadrilla de destrucción, Harmody?

El joven cambió una mirada con Rhonda y suspiró:

—Sólo somos dos personas, señor. Una parte insignificante comparada con el resto de la Tierra.

—Agotemos todas las posibilidades, Harmody.

—De acuerdo, señor. ¿Cómo van las cosas en los otros tres puntos clave de la gestión de seguridad?

—De la Luna no tengo respuesta todavía —fue diciendo Kressler—. La prueba del doctor Rostoff en el Centro ha constituido un rotundo éxito. Pueden sentirse seguros con esas camisas que llevan, Harmody.

El joven sonrió mordaz.

—Lo celebro, señor. ¿Y la Zona 9?

—Hemos tenido mucha suerte en ese punto, Harmody. Resulta que el astronauta Claude Look era un solitario, una especie de ermitaño, fuera de su trabajo. Tan pronto llegó a su ciudad se marchó a una pequeña cabaña de estilo antiguo situada en las montañas. No tuvo contacto con nadie y por lo tanto no pudo ser agente propagador. Logan ha informado que todo se encuentra correctamente en la zona.

—Ésa es una buena noticia, profesor. Volveremos a comunicar con ustedes tan pronto nos sea posible.

—Harmody...

—Diga, señor.

—Es un orgullo para mí tenerle a mis órdenes.

—Gracias, señor. Corto.

Clem guardó de nuevo el transmisor y fue junto a la muchacha.

—Siento que tenga que ocurrir una cosa así, Rhonda —dijo—. Me opuse a que me acompañaras.

—¿Te refieres a que moriremos en la destrucción de la ciudad?

Clem movió lentamente la cabeza en sentido afirmativo.

Rhonda hizo entonces algo inesperado para él. Depositó la mano buena en su hombro e incorporándose sobre la punta de los pies lo besó fugazmente en los labios.

—Si tengo que morir deseo que sea a tu lado, Clem.

En el segundo siguiente estaban fundidos en prieto abrazo.

Sus bocas se buscaron con avidez y quedaron unidas por un largo período de tiempo.

Cuando al fin se separaron, murmuró ronco Clem:

—Siempre estuve enamorado de ti, Rhonda. Fue el motivo principal para no desear que vinieses.

Ella le sonrió feliz.

—Lo que pasa contigo es que eres demasiado brusco, Clem. Si lo hubieras dicho antes... Hemos perdido un tiempo precioso, cariño.

Volvieron a besarse y luego dijo Harmody:

—Hemos de continuar la misión, Rhonda.

—Sí, Clem.

Se disponían a salir de la vivienda cuando procedente de la calle les llegó el sonido de las sirenas de los vehículos de la Organización. Eran semejantes a aullidos de lobos.

Harmody corrió a una ventana y miró por ella.

Lo que vio lo hizo estremecer.

No menos de cien miembros de la Organización empezaban a rodear el edificio donde ellos se encontraban. Un numeroso grupo se dirigió a la entrada.

CAPÍTULO XI

Rhonda y Clem salieron a la carrera de la vivienda.

El joven pulsó el botón de llamada del turboascensor y los segundos parecieron siglos hasta que el rápido elevador llegó a la planta y la puerta se abrió automáticamente ante ellos.

Los pasos precipitados ya se escuchaban en el vestíbulo inferior cuando penetraron en la cabina. Harmody lo puso en funcionamiento hacia el último piso del edificio.

—Trataremos de huir por las terrazas —dijo Clem—. Todavía no está todo perdido.

—Acabarán atrapándonos, Clem, es inútil.

—Cuando llegue la ocasión no titubees en disparar. El ver lo que les sucede a sus compañeros puede detenerlos.

—No lo creo, Clem —objetó ella preocupada—. Poseen un raro instinto de fanatismo y harán todo lo posible por eliminarnos.

El joven apretó las mandíbulas.

—De todas formas venderemos caras nuestras vidas, cariño.

El turboascensor se detuvo en el piso veinte y último del edificio. Había llegado en cuestión de segundos y la puerta volvió a abrirse de forma automática. Harmody observó que funcionaba por medio de célula fotoeléctrica y rápidamente desprendió un trozo de venda adhesiva del vendaje de Rhonda bloqueando una de las células.

Después de eso el turboascensor quedó inmovilizado en aquella planta.

Abrieron la puerta de la terraza y el espectáculo que se ofreció a sus ojos hizo respirar de alivio a Clem.

Desde hacía más de cincuenta años, a las grandes empresas constructoras se las obligaba a construir las manzanas de edificios de una altitud homogénea y de esa forma quedaba una enorme

plataforma sobre ellos que podía utilizarse para aparcamiento de vehículos.

Fue una manera de resolver el problema de estacionamiento en las calles, que se hizo acuciante a partir del año 2000. La doble hilera de helimóviles de fabricación estándar hizo concebir a los dos jóvenes una esperanza de huida.

Harmody buscó entre ellos hasta encontrar uno de los más veloces y ya lo estaba abriendo cuando vio que el guarda acudía a la carrera.

—¡Eh, ustedes...!

Clem se giró y sacando la pistola disparó.

El hombre se detuvo en seco y se desplomó. Rápidamente comenzó a desintegrarse y masculló Harmody:

—Crane decía la verdad. Toda la ciudad se encuentra en poder de los invasores.

Ambos se introdujeron en el interior del helimóvil y Clem manejó los simples mandos, elevándolo. Aquellos vehículos se movían a una velocidad desesperante y desde luego no podían ni soñar en abandonar la ciudad en él.

Todo conductor tenía la obligación de indicar por un micrófono la dirección que deseaba seguir y esperar a que Tráfico contestase marcándole el rumbo exacto.

Entonces entraban bajo un control y eran dirigidos por las computadoras a remota distancia.

Pero Clem no siguió la orden establecida y autogobernó el vehículo.

Sabía el riesgo que corría porque enseguida sería detectado por el radar y saldría una patrulla en su busca. No obstante, lo hizo volar todo lo rápido que le fue posible alejándolo del edificio. Sólo necesitaba unos kilómetros.

El vehículo se deslizó por el aire pasando por encima de una fila

de otros que iban dirigidos por las computadoras de Tráfico. Harmody imprecó una maldición entre dientes porque estuvo a punto de colisionar con tres que venían en sentido contrario a distinta altitud que los anteriores.

Pudo eludirlos por escasos centímetros y a su lado escuchó la voz excitada de Rhonda:

—No podemos seguir volando sin control, Clem. Acabaremos colisionando con uno u otro.

—Sólo necesitamos alejarnos tres o cuatro kilómetros, nena. Lo justo antes de ser localizados por las patrullas de vigilancia.

Volar los tres kilómetros deseados por el joven les llevó casi cinco minutos, durante los cuales tuvieron los nervios en continua tensión. Finalmente hizo Clem que el helimóvil se posara en una terraza de dimensiones aproximadas a la de partida.

—Espero que los hayamos despistado —comentó bajando del vehículo y girándose para ayudar a Rhonda—. ¿Te duele mucho el dedo?

—Puedo soportarlo.

En eso se escuchó una voz a espaldas de ambos jóvenes:

—Se han equivocado, amigos. Siempre he mantenido que esas computadoras modernas...

Rhonda y Clem se giraron, sorprendidos.

Ante ellos vieron a un hombre de unos cincuenta años de aspecto inofensivo. Clem reaccionó sonriéndole amigablemente.

—Hemos sufrido una avería y nos han ordenado detenernos aquí hasta que puedan repararla. ¿Le importa?

El hombre encogió los hombros indiferente.

—Siempre que me rellene el formulario...

Sacó un bloc del bolsillo y lo tendió a Harmody. El joven cogió también el bolígrafo que le entregó el guarda y rellenó la hoja

escribiendo los primeros datos que se le vinieron a la memoria.

Cuando devolvió el bloc, les indicó una dirección el guarda.

—Por aquella puerta pueden descender a la calle.

Clem le dio las gracias y cogiendo a Rhonda del brazo se dirigió a la salida de la terraza.

Minutos después se mezclaban otra vez entre los transeúntes.

Rhonda musitó:

—Ha sido un milagro conseguir escapar.

—Hemos tenido suerte. Sin embargo necesitamos seguir contando con ella, cariño.

—Tenemos que seguir buscando, ¿no?

Clem movió la cabeza afirmativamente sin responder.

Caminaron durante un par de kilómetros alejándose cada vez más del centro de la ciudad. En el aire, por encima de sus cabezas, los coches patrulla volaban raudos haciendo sonar sus siempre escandalosas sirenas intermitentes.

Clem apretó el brazo de su compañera.

—Vamos a penetrar en otra vivienda particular, Rhonda.

La muchacha cabeceó en sentido afirmativo.

—De acuerdo.

Penetraron en un inmueble e igual que la vez anterior se encaminaron a la primera planta utilizando la escalera. Clem se dijo mentalmente que aquélla era la última comprobación que llevaría a cabo.

Llegaron al rellano y dudaron unos segundos antes de decidirse por una de las cuatro puertas.

Pero el dilema se resolvió por sí solo.

Una de ellas se abrió y en el hueco apareció un hombre que los miró sonriente.

—Adelante, Harmody. Porque usted es Clem Harmody, ¿verdad?

CAPÍTULO XII

El hombre siguió sonriendo y se hizo a un lado indicándoles la entrada de la vivienda.

—Adelante. Pueden entrar en mi casa y pedirme que les enseñe la espalda.

Harmody desenfundó de nuevo la pistola y lo encañonó.

—¿Cómo sabe mí nombre?

—Es usted un estúpido después de todo, Harmody —respondió desdeñoso el fulano—. Desde el momento en que cogió el bloc del guarda de la terraza hemos seguido sus pasos uno a uno. Nos ha divertido mucho jugar con ustedes como el gato con el ratón.

Clem le mostró la pistola.

—¿Sí? Me bastará con apretar el disparador para que usted se desintegre, amigo.

—¿Y qué logrará con eso? Admito que moriremos muchos de nosotros antes de exterminarlos, pero eso no nos importa en absoluto. Podemos reproducirnos con tanta facilidad...

En eso tenía razón el tipo. Quizá por eso se lanzaban a un ataque suicida sin importarles el número de bajas sufridas. La mente de Harmody estaba trabajando a marchas forzadas.

Para ganar tiempo decidió seguir conversando con él.

—¿De veras no le importa morir, amigo?

—La muerte no existe entre nosotros, Harmody. Los cuerpos que se desintegran son los de sus semejantes. Nosotros nos limitamos a desaparecer momentáneamente y somos absorbidos por el compañero más próximo hasta que podemos apoderarnos de otro

cuerpo.

Harmody pensó en los conos violeta exterminados aparentemente en el Centro de Medicina Espacial y en su propio Cuartel General. Si lo que decía aquel individuo era cierto... nadie estaba exento de peligro.

Levantó la pistola y disparó fríamente.

El hombre se retorció cayendo al suelo.

—¿Crees que lo que ha dicho es cierto, Clem? —preguntó la chica—. En ese caso...

—No lo sé, Rhonda —gruñó Harmody—. Si los cuerpos se desintegran es por estar poseídos por esos seres. Lo que ignoramos es si verdaderamente tienen poder para reaparecer.

—Lo dijo con tanta seguridad...

—Vamos, Rhonda, hay que salir de aquí cuanto antes.

Se disponían a retroceder hacia la escalera cuando escucharon el rumor de pasos precipitados que subían.

El joven indicó la entrada de la vivienda con un ademán.

—¡Adentro, Rhonda!

Penetraron en el piso saltando sobre los restos del tipo y cerraron la puerta a sus espaldas.

Con las armas por delante se dedicaron a buscar nuevos enemigos en el interior de la vivienda, pero ésta se hallaba deshabitada. Cuando lo hubieron registrado todo regresaron al salón.

Clem volcó unos muebles frente a la entrada y ambos se refugiaron tras el improvisado parapeto.

La puerta comenzó a abrirse lentamente.

* * *

Harmody efectuó dos rápidos disparos.

En el silencio que se hizo a continuación llegó hasta ellos una voz

procedente del rellano:

—Me llamo Dobson, Harmody. Soy ahora el jefe de la ciudad.

Clem tardó unos instantes en responder:

—¿Qué quiere, Dobson?

—Charlar un rato con usted, Harmody.

—Hable, Dobson.

—¿Me permite entrar sin disparar?

—Hágalo y quedará desintegrado, Dobson —prometió el joven—. Puede hablar desde ahí.

—Está bien. He venido a proponerles que se unan a nosotros. Por una razón que desconozco nos resulta imposible penetrar dentro de sus cuerpos a pesar de haberlo intentado varias veces desde que llegaron a la ciudad. Eso me ha demostrado que no son ustedes seres vulgares, amigo.

Clem emitió una suave risita.

—No lo somos, Dobson.

—¿Cuál es el secreto? Ningún terrestre es superior en inteligencia a nosotros.

—Entonces... ¿cómo explica eso, Dobson?

—No lo sé. Y la verdad es que me gustaría saberlo en vez de tener que eliminarlos. No quisiera hacerlo, y por eso les estoy proponiendo que se unan a nosotros.

—Ni hablar, Dobson.

—El futuro está en nuestro poder, Harmody.

—Yo no lo creo así, Dobson.

Hubo una breve pausa y anunció Dobson:

—Voy a concederles diez minutos para que lo piensen, Harmody.

El joven sonrió satisfecho.

—De acuerdo, Dobson.

Tan pronto se hubo hecho el silencio aproximó Clem la boca al oído de Rhonda y dijo quedo:

—Procura no perder de vista la entrada y dispara sin vacilar si intentan entrar. Voy a las habitaciones interiores a intentar conectar con el profesor Kressler.

La muchacha afirmó con la cabeza.

Clem se deslizó hacia el interior de la vivienda y llegó a una estancia alejada del salón. Con la seguridad de que no podía ser escuchado en el rellano exterior se puso a manejar el pequeño emisor.

Tardó unos minutos preciosos en poder comunicar con Kressler y cuando al fin lo logró respiró ruidosamente.

—Rhonda y yo vamos a morir, profesor —fueron sus primeras palabras—. Pero tengo datos interesantes que comunicarle.

A continuación hizo un breve relato de lo acaecido desde la última ocasión que estuvieron en contacto. Cuando terminó de hablar, inquirió la voz de Kressler:

—¿Qué piensa respecto a lo que les dijo el individuo, Harmody?

—Creo... que estaba diciendo la verdad, señor.

—Eso significaría que los invasores continúan al acecho en torno nuestro, Harmody.

—Exacto, señor. Las camisas confeccionadas por Rostoff son un completo éxito. Pueden utilizarlas como medida de seguridad.

—Lo haremos con urgencia.

—Otra cosa, profesor.

—¿Qué, Harmody?

—Ordene ahora mismo la destrucción total de la ciudad 22. Para cuando lleguen los turborreactores a sembrar la muerte... la doctora Miller y yo no los veremos.

—Pueden buscar un refugio seguro, Harmody.

—Es inútil, señor. Nos tienen localizados y cortados todos los posibles caminos de fuga. Nada podemos hacer.

Hubo un largo silencio y lo rompió Kressler diciendo:

—De acuerdo, Harmody. Voy a dar la orden de destruir la ciudad 22. En quince minutos como máximo será borrada del mapa literalmente. Luego haré que las fuerzas avancen y exterminen a los supervivientes. Si la doctora, o usted, consiguen conservar la vida... bastará con que cuelguen las botas de sus cuellos. Será la señal que transmitiré a los hombres de exterminio.

Clem sonrió apagadamente.

—Muy bien, señor. Deseo decirle algo antes de la despedida final, profesor.

—Diga, Harmody.

—Espero que el sacrificio de Rhonda y mío no resulte estéril. Voy a morir y sinceramente no siento odio hacia nadie. Pero eviten que esos seres se adueñen de la Tierra.

—Se lo prometo, Harmody.

—Adiós, profesor.

—Suerte, Harmody.

Clem cortó la comunicación y regresó al salón.

Lo hizo justo a tiempo de escuchar otra vez la voz de Dobson:

—¿Qué han decidido, Harmody?

El jefe de la Zona 4 preparó su pistola y después de besar en los labios a Rhonda, gritó:

—No hay trato, Dobson. Puede enviar a sus hombres cuando quiera.

CAPÍTULO XIII

Los siguientes cinco minutos resultaron alucinantes.

Por el pasillo de entrada penetró un aluvión de hombres y los dos jóvenes tuvieron que utilizar las pistolas a inusitada celeridad para evitar que llegaran hasta ellos.

Los rayos lumínicos sembraban la muerte amontonando los cadáveres en el suelo unos sobre otros. El chisporroteo de los cuerpos desintegrándose, y sobre todo el nauseabundo olor llegó a hacerse insoportable para Rhonda y Clem.

Los hombres de Dobson seguían intentando entrar.

No les importaba en absoluto la muerte.

El pasillo se convirtió en un repugnante amasijo de carne humana a medio desintegrar y todavía continuaban aquellos fanáticos queriendo saltar por encima de... aquella masa fétida. Algunos eran alcanzados en el aire cuando saltaban.

Rhonda se portaba valerosamente a pesar de que su rostro se hallaba contraído por el horror que estaba presenciando. Disparaba contra los agresores a la misma velocidad que Harmody.

Aquellos cinco minutos les parecieron cinco años a ambos.

Luego, repentinamente, dejaron de intentar penetrar.

Clem sacó un pañuelo del bolsillo y se lo tendió a la muchacha.

—Póntelo en la nariz, Rhonda. Estás pálida como una muerta.

Ella le sonrió débilmente.

—Tú no haces muy buena cara que digamos, jefe.

Clem sabía que aquello que estaban haciendo era tan sólo prolongar el inevitable final que les aguardaba. Podrían contener a los hombres de Dobson gracias a la rapidez de disparo de sus armas. Pero en el fondo ignoraba si sería aconsejable.

La escuadrilla con la orden concreta de destruir la ciudad 22 ya se hallaba volando en aquella dirección. Y cuando empezaran a lanzar

sus cohetes destrozarían la ciudad hasta reducirla a un montón de escombros. Si ellos seguían con vida...

La voz de Rhonda lo sacó de su abstracción:

—¿Cuándo supones que volverán, Clem?

Harmody encogió los hombros.

—Creo que tan pronto se encuentre despejado el pasillo. Será cuestión de un minuto como máximo.

—No me gusta el silencio que reina fuera.

—Coincidimos en eso, nena —quiso bromear Clem—. Y seguro que no estarán tramando nada bueno para nosotros.

Sin embargo pasaron tres minutos y nada se alteró. El más profundo silencio continuó envolviéndolos. Harmody arrugó el ceño extrañado y masculló:

—¿A qué infiernos esperan? ¡Dobson!

Nadie respondió a su llamada.

—Quizá aguardan a que salgamos nosotros, Clem —opinó Rhonda—. No querrán seguir muriendo a mansalva.

—Es posible.

Harmody dejó pasar un minuto más y súbitamente se incorporó resueltamente.

—Voy a darles gusto.

Rhonda le aferró del brazo y por primera vez pudo ver Clem un claro temor latiendo en sus ojos.

—Clem...

—Es mejor salir que esperar aquí, Rhonda —dijo. Y pensando en la escuadrilla de destrucción, agregó—: Puedes venir conmigo si lo deseas, cariño.

La muchacha apretó los labios con firmeza y se puso en pie.

Ambos caminaron en dirección a la salida manteniendo todos los

sentidos alerta al menor indicio de peligro. Las pistolas listas para ser usadas apuntaban al frente. Llegaron a la puerta y Clem adoptó precauciones antes de asomar la cabeza.

Lo que vio le hizo estremecer de pavor.

A pesar de todas las experiencias vividas en el transcurso de las últimas horas, lo que estaba presenciando ahora sobrepasaba todos los límites de incredulidad.

—¡Es inaudito...!

A su lado, también Rhonda desorbitó los ojos.

¡El rellano se hallaba cubierto de cadáveres!

No menos de treinta hombres, vistiendo el uniforme de la Organización, se encontraban tirados por el suelo en las más grotescas posturas, hacinados unos encima de otros. Entre los muertos pudo reconocer Harmody a Dobson.

Rhonda miró perpleja a Clem.

—¿Qué... ha podido suceder?

—Es un misterio —murmuró el joven sin salir de su asombro—. No parece que hayan muerto a causa de los rayos lumínicos, puesto que ninguno se está desintegrando.

—Todo esto es increíble, Clem.

Durante varios minutos permanecieron ambos jóvenes examinando el extraño fenómeno. Harmody comprobó que realmente estaban muertos, ya que algunos incluso parecían dormir apaciblemente. No daban muestra alguna de desintegración.

Aquello probaba que no habían sido alcanzados por los rayos.

Finalmente cogió a Rhonda del brazo.

—Vamos fuera, cariño. Aquí el espectáculo es en verdad deprimente.

Pasando como pudieron sobre los amontonados cadáveres alcanzaron la escalera y comenzaron a descender los peldaños. Por

todas partes siguieron encontrando cadáveres tirados en el suelo.

Al llegar a la calle el asombro alcanzó en ellos límites insospechados.

En todas direcciones vieron desolación y muerte.

Helimóviles estrellados en el suelo, la calzada sembrada de muertos en las más diversas posturas. Hombres, mujeres, niños... La escena que se ofrecía a sus ojos era dantesca. El silencio que rodeaba todo aquel horror, impresionante.

¡ESTABAN EN UNA CIUDAD MUERTA!

* * *

Rhonda y Clem caminaron por las calles silenciosas de la ciudad 22 en busca de algún superviviente.

No pudieron encontrarlo.

En todo el recorrido sólo hallaron muertos y más muertos. Causaba horror descubrir a tantas personas muertas. Daban la impresión de que habían quedado paralizados todos al mismo tiempo, cuando hacían sus tareas habituales.

Cientos de helimóviles se encontraban estrellados en el asfalto, con sus ocupantes destrozados entre los restos retorcidos de los vehículos. Un hombre parecía descansar con la espalda apoyada en la pared. Pero al tocarlo Rhonda, se desplomó como un fardo

Aquello resultaba de todo punto increíble para los dos.

Más de ocho millones de personas no podían morir de una manera tan inopinada, tan repentina...

Y, sin embargo, aquello era lo ocurrido.

Harmody tuvo que desechar todas las teorías que acudieron a su mente por absurdas. No podía tratarse en modo alguno de una epidemia colectiva, por muy rápidos que fueran los efectos del virus. Tenía que tratarse de algo más asombroso.

Pero el caso insólito era... ¡Que sólo ellos dos se hallaban con

vida en la ciudad 22!

De pronto escucharon un zumbido en el cielo.

Harmody imprecó una maldición entre dientes por haberse olvidado de la escuadrilla de destrucción. Levantó la mirada y comprobó que se trataba de ella. Iban a reducir la ciudad a escombros sin que ya hubiese necesidad de hacerlo.

¡Y ellos morirían de una manera estúpida!

* * *

Los primeros cohetes comenzaron a estallar en los límites de la ciudad a unos kilómetros de donde se encontraban. Los edificios caían pulverizados ante el tremendo poder demoledor de los modernos explosivos que se utilizaban.

Harmody manejaba frenético el pequeño emisor tratando por todos los medios de conectar con el Cuartel General.

—¡Aquí A-2 en llamada de emergencia! ¡Aquí A-2 en llamada de emergencia! ¡Respondan, por favor!

Demasiado tarde.

Los reactores de la escuadrilla de destrucción se aproximaban cada vez más al lugar donde se encontraban. Detrás iban dejando una horrible estela de ruinas.

—¡A-2 llamando! ¡A-2 llamando! ¿Es que están sordos, maldita sea?

Rhonda puso una mano en el brazo de Harmody y lo miró con infinita ternura.

—Es inútil, amor mío. Ya no hay tiempo.

Harmody no se dio por vencido y probó por última vez:

—¡Urgente llamada de A-2! ¡Respondan, por Dios!

Nada.

El joven arrojó el emisor al suelo con furia inusitada y atrapó a su

compañera de la mano.

—¡Corre, Rhonda!

La pareja emprendió una carrera frenética, desesperada, en sentido contrario al avance de los reactores.

Sabían que de nada iba a servirles, pero Clem pretendía encontrar un lugar que reuniera algunas posibilidades de resistencia. Un sótano, una boca de alcantarilla... Un refugio donde por lo menos tuvieran un margen de un cinco por ciento de supervivencia.

No encontraban nada en su loca carrera y los reactores se hallaban cada vez más próximos.

Tan sólo estaban a medio kilómetro ya. De girar la cabeza podrían ver el derrumbamiento de los grandes edificios.

Rhonda se detuvo jadeante, con los pulmones a punto de reventar.

Harmody quiso cogerla entre sus brazos, pero la muchacha se opuso y, entre jadeos, pidió:

—Es el... fin, Clem, amor mío. Bésame... fuerte.

Harmody la miró unos segundos y después la estrechó entre sus brazos uniendo su boca a la de Rhonda.

CAPÍTULO XIV

El profesor Luther Kressler sacudió la cabeza, sonriendo.

—Podemos catalogar de milagrosa la salvación de ustedes dos, Harmody. Y también la salvación total del planeta.

Clem Harmody asintió con la mano buena de Rhonda entre las suyas.

—Todavía me cuesta creerlo, profesor.

—Pues es un hecho cierto —sonrió Paul Rostoff que minutos

antes había efectuado una cura adecuada al dedo fracturado de la muchacha—. Por una vez la ciencia médica ha sido de gran ayuda para el hombre.

—La ciencia médica siempre fue de gran ayuda para el ser humano, Rostoff —aseguró Kressler—. Aunque muchas personas se hayan preocupado de desprestigiarla absurdamente.

Harmody se dirigió al profesor alemán:

—¿Podemos sentirnos tranquilos, señor?

—Por ahora sí, Harmody —replicó Kressler. Luego se giró a Rostoff y pidió—: Explíquelo todo detalladamente a su amigo Harmody, doctor.

Rostoff se aclaró la garganta con un carraspeo y empezó a decir:

—Bueno... cuando el profesor me anunció que tanto Bird como Rullan habían muerto de forma extraña, le pedí que me dejara hacer la necropsia a sus cuerpos. El profesor accedió y me propuse encontrar los motivos de una muerte inexplicable. Voy a ahorrarte los detalles que te resultarán desagradables, Clem.

—Te lo agradezco, Paul.

—Tal como te digo, efectué la autopsia concentrando todo mi interés en hallar el motivo por el cual murieron Bird y Rullan. Para eso tuve que averiguar de qué órgano se valían los extraterrestres para dominar a su absoluta voluntad el cuerpo humano. Fue un trabajo exhaustivo, pero valió la pena. Lo descubrí al inspeccionar los pulmones de James Bird. Los tenía extraordinariamente dilatados. Llevé a cabo algunas comprobaciones y entonces quedé plenamente convencido de que los invasores se adueñaban de nosotros alojándose en los pulmones, y no en el cerebro como sería lógico pensar. Aunque desde allí irradiaran sus emanaciones al cerebro, Posiblemente penetraran en los poseídos con el mismo aire que respiraban. Es algo que nunca lograremos saber.

Paul Rostoff hizo una breve pausa y siguió:

—Lo que parece cierto es que la atmósfera terrestre ha resultado

insana para ellos, totalmente irrespirable para esos extraños seres. Eso les ha causado la muerte en un momento exacto para todos. Llegué a dicha conclusión porque los conos que yo guardaba en las campanas herméticas, murieron... se marchitaron, por decirlo de alguna forma, en la hora exacta en que morían Bird y Rullan. Rápidamente comuniqué al profesor Kressler el resultado de mis indagaciones, manteniendo la teoría de que los invasores de la ciudad 22 debían estar ya muertos.

—Y entonces hice detener la destrucción —agregó el alemán por su cuenta—. Me interesaba mucho comprobar si la teoría de Rostoff era realmente cierta. No pude evitar la destrucción de media ciudad, pero afortunadamente logré salvarles la vida. Desde el momento en que comuniqué con el jefe de la escuadrilla ordenando la detención, intenté por todos los medios conectar con usted, Harmody. Pero todos mis intentos fueron inútiles y sólo me quedó rogar a Dios porque ustedes se hallaran en la parte de ciudad todavía intacta.

Clem sonrió moviendo la cabeza.

—Por fortuna así fue, profesor. Aunque debo confesarle que jamás imaginé salir con vida de allí.

Se hizo un pequeño silencio y explicó Rostoff:

—Todo cuanto podemos agregar entra en el campo de la pura teoría, Clem. Para mí, reuniendo datos y comprobaciones de lo sucedido, SÓLO UN INVASOR LLEGÓ A LA TIERRA. Ignoro los medios de que se valió para hacerlo, pero consiguió introducirse dentro del cuerpo de Harold Kane. Pero al parecer esas criaturas tienen la facultad de multiplicarse a sí mismos tantas veces como deseen. Con lo cual, en el momento de llegar a la Tierra, o quizá durante el viaje de regreso, Kane lo introdujo involuntariamente dentro de su compañero Look. Más tarde lo propagó por la ciudad 22. No obstante, creo que a pesar de ser tantos invasores en apariencia, todos tenían la vida supeditada a la existencia del genuino. Cuando el primero, que nunca lograremos identificar, murió a causa de su incompatibilidad con la atmósfera de la Tierra, se produjo la muerte en

masa de todos sus congéneres. Mi teoría se apoya igualmente en que Kane fue el único astronauta del Proyecto Júpiter que no pisó el suelo lunar en la escala técnica que realizaron.

Rostoff guardó silencio unos segundos y Kressler aprovechó para decir:

—En la Luna no existen invasores de ninguna especie. Todo se encuentra dentro de la más completa normalidad. Puede ser debido a lo expuesto por Rostoff, o a que el objetivo principal era la Tierra. Nunca llegaremos a saberlo. El caso concreto es que nuestro planeta se ha salvado. Por lo menos, en esta ocasión.

Harmody hizo una pregunta que le intrigaba:

—¿Y qué sucedió con Bird y Rullan? Daban la impresión de no estar poseídos.

—Y seguramente no lo estaban hasta que murió Look —respondió Rostoff—. Entonces, el cono violeta penetró en uno de los dos y pasó después un gemelo a su compañero de encierro. Es la única explicación plausible.

—Comprendo. Eso encaja con lo que me dijo el tipo al que liquidé antes de ser atacado por Dobson.

—Otro punto que también tenemos que explicar basándonos en teorías es el relativo a un distinto proceder de esos seres en cada caso —siguió diciendo Paul Rostoff deseoso de lucir sus méritos—. Eso hemos de achacarlo a distintas personalidades a pesar de que todos nacieron del mismo original. No debe extrañarnos puesto que nosotros, los humanos, también reaccionamos de forma muy diferente ante una misma situación. ¿No lo creen así?

Clem Harmody dio una lenta cabezada.

—Cuando tú lo dices...

El profesor Kressler paseó la mirada de Rhonda a Harmody y, sonriendo, dio muestra una vez más de su inteligencia. Se incorporó y amablemente cogió del brazo a Rostoff.

—Opino que estamos aburriendo a la doctora Miller y a Harmody, doctor Rostoff. Voy a concederles unos días de descanso y tengo la impresión de que... los aprovecharán bastante bien. Ahora, doctor Rostoff, si quiere acompañarme seguiremos discutiendo algunos puntos de sus teorías.

—Con mucho gusto, señor.

Al quedar solos en la estancia, dijo pensativa Rhonda:

—La teoría de Rostoff es buena, pero...

Clem se le aproximó y puso un dedo en sus labios.

—Basta ya de teorías, doctora. Lo que yo estoy necesitando son ejemplos prácticos.

Ella arqueó las cejas,

—¿A qué te refieres, Clem?

—Lo sabes de sobra, nena —dijo el joven levantándola de la silla y enlazándola por la cintura—. ¿Empiezas a comprender?

Y a juzgar por lo que hizo a continuación, la doctora Rhonda Miller lo entendió perfectamente.

Correspondió con calor al beso que le estaba dando Clem.

F I N


DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA
el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.
APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR
eb